

**Ángel Herrera Oria.
Biografía interior**

La Asociación Católica de Propagandistas (ACdP), fundada en 1909, es una agrupación de seglares católicos con personalidad jurídica eclesiástica y civil, cuyo carisma se orienta al apostolado católico, formando e instando a sus miembros para que tomen parte activa en la vida pública y sirviendo de nexo de unión de los católicos. El propagandista antepone su compromiso cristiano y su afán de testimonio evangélico a cualesquiera otras consideraciones e intereses, adoptando actitudes inequívocas en favor de la verdad y la justicia y en defensa de la persona humana.

ASOCIACIÓN CATÓLICA DE PROPAGANDISTAS

**Ángel Herrera Oria.
Biografía interior**

José Luis Gutiérrez García





Este libro está impreso íntegramente en papel certificado FSC® (papel extraído de explotaciones de bosques sostenibles). El uso de este papel refleja nuestro compromiso con el medio ambiente.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ángel Herrera Oria. Biografía interior

© 2021, de los textos, José Luis Gutiérrez García
© 2021, de la edición, Asociación Católica de Propagandistas

CEU Ediciones
Julián Romea 18, 28003 Madrid
Teléfono: 91 514 05 73, fax: 91 514 04 30
Correo electrónico: ceuediciones@ceu.es
www.ceuediciones.es

Maquetación y Cubierta: Andrea Nieto Alonso (CEU Ediciones)

ISBN: 978-84-18463-63-1
Depósito legal: M-20125-2021

Imprime: Forletter, S. A.
Impreso en España | Printed in Spain

Índice

Introducción	9
1. Ángel Herrera Oria y san José María Rubio	13
2. La Casa de Ejercicios en Arturo Soria, Madrid	17
3. Con don Manuel González García, el santo Arcipreste de Huelva.....	19
4. Don Ángel, coadjutor en la Parroquia de Santa Lucía, Santander	21
5. La virtud de la santa obediencia.....	23
6. Otro ejemplo de obediencia. La Gran Campaña Social de 1922	27
7. Un breve párrafo autobiográfico	29
8. «Calla y reza».....	31
9. Otro tren	33
10. «Por la unión de los católicos».....	35
11. El don de fortaleza.....	37
12. «Sed hombres de oración».....	39
13. El rezo del Rosario y la devoción a la Santísima Virgen	43
14. Las tres Avemarías de Lerroux.....	45
15. Las dos conferencias en Granada, 1909	47
16. El Doctor Mouriz	49
17. Salvador González Anaya, académico de la Española.....	53
18. «Estuve en la cárcel y me visitasteis»	55
19. El Rosario, de nuevo, esta vez como prueba.....	57
20. Hospitalidad.....	59
21. El amor a la pobreza.....	61

22. En vuelo de altura del espíritu	65
23. Dos magnas fuentes de la espiritualidad de Ángel Herrera	69
24. Valentía	71
25. Cuatro testimonios cualificados y uno de excepción.....	73
26. De nuevo el espíritu de oración.....	75
27. En el Monasterio de Silos	79
28. Un episodio no conocido	81
29. La virtud de la laboriosidad	83
30. «¿Me perdonas, Luis?».....	87
31. El dominio de la palabra	91
32. Confesión en público.....	95
33. Sensible, no sensiblero	99
34. Leal y agradecido.....	101
35. Confianza en Dios.....	103
36. De bolos, toros y fútbol.....	105
37. La pureza de intención	107
38. Al dejar la dirección de <i>El Debate</i>	111
Conclusión	117
Índice Onomástico	121

Introducción

Cuanto reúno en estos apuntes, debidamente fundamentados todos ellos, tiene como propósito único ofrecer materiales que ayuden, en su momento, a los historiadores a dibujar con conocimiento de causa la biografía interior de don Ángel Herrera Oria.

Está la figura de don Ángel necesitada de una biografía completa, que retrate, sí, al hombre exterior, el de la acción, pero que atienda también, y principalmente, al hombre interior, pues de esta interioridad brotó en todo momento su acción evangelizadora como seglar, como sacerdote y como obispo.

Mons. Buxarrais, siendo Obispo de Málaga, manifestó a don José María Eguaras y a don Manuel Díez de los Ríos, la necesidad de que se hiciera una biografía completa de don Ángel Herrera Oria, ya que los beneméritos trabajos llevados a cabo hasta entonces abordaban con destacada, por no decir total, preferencia la parte externa de la vida de don Ángel. Quedaba sin suficiente reflejo la vida interior profunda del anterior Obispo malagueño. «He pensado en vosotros, les dijo, porque no hay nadie que lo conozca como lo conocéis vosotros». Nada pudo hacerse entonces en la línea que Mons. Buxarrais, Obispo muy humano y muy lleno de Dios, señalaba.

El propio José María Eguaras recordaba en 1984 que «a don Ángel no se le conoce su característica más destacada, que era precisamente la espiritual, aunque esté muy oculta»¹.

En 1985, Francisco Guijarro, tercer Presidente de la Asociación Católica de Propagandistas, comentaba que «los historiadores no manejan más que impresiones, cuando hablan de Herrera y de la Asociación»². Dos años antes, Maximino Romero de Lema, Obispo primeramente de Ávila y más tarde Secretario de la Congregación romana del Clero, lamentaba que «don Ángel no sólo es un desconocido, sino que se le ha deformado»³.

1 Cf. JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO, *Conversaciones sobre Ángel Herrera*, p. 246, Madrid 1986. Cito en adelante esta espléndida obra con la sigla C.

2 *Ibíd.*, p. 303.

3 *Ibíd.*, p. 440.

Ahora bien, don Ángel fue sumamente, diría que exageradamente, recatado en cuanto a manifestaciones exteriores, orales o escritas, de su vida interior. No se ha encontrado nada de apuntes personales íntimos en esta línea. Si los hizo, los deshizo. Uno de sus amigos antiguos, José María Gil Robles, subrayó a estos efectos, la «peculiar reserva», con que procedía en las manifestaciones externas de su intimidad⁴.

En el artículo que José María Pemán, antiguo secretario del Centro de Cádiz, escribió en enero de 1965 con motivo del cardenato de don Ángel, se subraya un dato que explica en parte y confirma plenamente este desconocimiento de la vertiente interior del nuevo Cardenal: «Probablemente, el Cardenal Herrera Oria es uno de los casos en que una inmensa obra tapa a su autor. Detrás de los muros funcionales del Colegio Mayor San Pablo, de la pila de números de *El Debate*, de la pirámide de tomos de la Biblioteca de Autores Cristianos, es difícil divisar, aun vestido de rojo, al hombre. Y, sin embargo, detrás de todo esto hay un eminentísimo señor al que tutea un gran número de españoles»⁵.

Mons. Emilio Benavent, estrecho colaborador de don Ángel y sucesor suyo en la diócesis malagueña, confirma que «sumamente parco fue Ángel Herrera en las manifestaciones de su vida interior bien apoyada en Cristo. Mantuvo siempre en absoluta reserva los secretos de su diálogo personal con Dios»⁶.

Sin embargo, cuantos le conocieron de cerca y trataron con asiduidad y secundaron su acción evangelizadora, intuyeron con certeza moral, por no decir cuasi física, y subrayo el valor epistemológico de estos dos adjetivos, la riqueza interior extraordinaria, de la que brotaba su incesante vigor apostólico.

Conviene consignar a este propósito que todo lo exterior, la acción apostólica de los hombres de Dios, con las inexcusables variantes personales, los condicionantes de cada época, sometidos actualmente a una creciente aceleración, y sobre todo la diversidad de los caminos y campos, que Dios abre a cada uno de aquellos, es siempre reflejo cristalino de su espíritu, de su vida interior.

4 *Ibíd.*, p. 130.

5 *Boletín ACdP*, enero de 2005, pp. 24 y 22.

6 Apud JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO, *Vida del Cardenal Herrera*, p. 69, Madrid 1996; y *De periodista a Cardenal*, p. 354.

Es fácil cuadrangular con exactitud la visible geometría de una extensa superficie, trazar la alta cuerda orográfica de un sistema montañoso, seguir el curso patente del río de la acción evangelizadora. No resulta tan hacedero el acceder al subsuelo profundo, el descubrir las placas tectónicas que sustentan la cordillera visible, el acercarse a la fuente íntima, a las honduras recoletas de esa acción.

Con frecuencia los grandes misioneros, y don Ángel lo fue en lo social, y no sólo en lo social, prefieren mantener sus experiencias interiores en el silencio y en la clausura del huerto cerrado, del *hortus conclusus* del Cantar (4, 12).

Uno de los máximos conocedores de Ángel Herrera, su sucesor en la presidencia de la Asociación de Propagandistas, Fernando Martín Sánchez, explicó en Santander en 1947 que «al exterior muchas veces parecía que Ángel Herrera no tenía corazón, porque su inteligencia y sobre todo su voluntad habían cercado de tal manera su sensibilidad de fortines de ideas, de alambradas, que era muy raro que la impresión exterior llegara a revelar sus emociones»⁷.

Por todo ello, considero que conviene proceder a una investigación delicada y perseverante, para encontrar datos en esa línea de conjunción estrecha entre la acción y la contemplación. Es lo que intento reunir con estos apuntes en el caso de don Ángel Herrera.

Supuesta la dificultad indicada y antes de sumergirme en esta especie de buceo espiritual, es menester mencionar algo sobre el método que he seguido en la investigación.

He buscado primera y principalmente datos autobiográficos, no numerosos, pero elocuentes y en buena parte desconocidos, o al menos no suficientemente advertidos.

En segundo lugar, he ampliado la base de la investigación por la vía de los testimonios de quienes trabajaron o vivieron en vinculación estrecha con don Ángel a lo largo de las diferentes etapas de la vida de este.

Naturalmente, he procurado valorar el trasfondo biográfico y el núcleo en no pocos casos autobiográfico, y siempre autorizado, de los testimonios. He cuidado de distinguir el nudo sustantivo del testimonio y los matices periféricos que sobre ese núcleo haya podido añadir el inevitable subjetivismo del sujeto que juzga o recuerda.

⁷ C, p. 147.

Tengo muy presente el experimentado adagio de la filosofía perenne del *quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur*, el cual tiene su perfecto paralelismo en otra sentencia que lo complementa: *quidquid dicitur ad modum dicentis dicitur*.

En todo testimonio sobre personas, y particularmente sobre grandes figuras, se desliza cierto grado de apreciación subjetiva, que, si es moderado, mantiene líneas objetivas del sujeto juzgado; pero que, si es excesivo, deforma los perfiles reales de este.

Debemos, en este delicado campo, adelantar la cautela metodológica de que en no pocas ocasiones el juicio de una persona sobre otra suele ser más autorretrato de quien enjuicia que objetiva imagen del enjuiciado.

Añádese a lo dicho el que el género biográfico, en todas sus versiones y usos, resulta siempre dificultoso, dificultad que se acrecienta en el caso de las altas cimas de la santidad cristiana, ya que no basta exponer los datos de fuera, la fachada o los alrededores del castillo, sino que es menester adentrarse en las estancias más íntimas de ese castillo del espíritu.

A un corresponsal polaco, que preparaba una biografía de Juan Pablo II, advirtió este que «una biografía es difícil, puesto que tiene que ser algo más que una relación de fechas, datos y citas. Debe reflejar el corazón de la persona, su alma y sus pensamientos»⁸. Sin pretensiones de apología, pero también con propósito de huir de prejuicios consolidados y de frívolas dificultades.

Salvedad que aumenta de vigor, cuando se intenta dibujar la vida interior de un cristiano consagrado a la evangelización de las realidades temporales, que ha tenido que navegar durante decenios fecundos por mares alterados y con frecuencia alborotados.

José Luis Gutiérrez García

⁸ EUSEBIO FERRER, *Juan Pablo II, prigionero de la verdad*, vol. II, p. 552, Madrid 2005.

Capítulo 1

ÁNGEL HERRERA ORIA Y SAN JOSÉ MARÍA RUBIO

Es el primer dato que considero significativo.

En 1959, el 9 de diciembre, don Ángel, Obispo de Málaga, pronunció un sermón en el solemne funeral por el alma de la M. Asunción Soler, fundadora de las Hermanas Terciarias Carmelitas del Sagrado Corazón de Jesús⁹.

En diciembre de 1909, –recuerda don Ángel en dicha homilía–, él, Presidente de los recién fundados propagandistas, y Gerardo Requejo Valverde, uno de los primeros miembros de la A. C. N. de Jóvenes Propagandistas, recorrieron en actos públicos Granada, El Puerto de Santa María, Jerez, Cádiz, Sevilla y por último Huelva.

«En Sevilla tuvimos la fortuna de encontrarnos Requejo y yo con tres santos varones, que estaban preparándonos el camino (de Huelva). Tres hombres que van ya camino de los altares: D. Manuel González y García, entonces Arcipreste de Huelva; el Padre Tarín, a quien conoce bien toda Andalucía, entonces Superior de la Residencia de los jesuitas de Sevilla; y el Padre Rubio, a quien traté muy íntimamente en Madrid, y uno de los varones más espirituales que yo he conocido en la vida»¹⁰.

En el diario sevillano, de fundación católica, *El Correo de Andalucía*, en su edición del 16 de diciembre de 1909, se consigna un dato que confirma lo anterior. En efecto, el día 15 de dicho mes llegó a Sevilla, procedente de Jerez y Cádiz, Ángel Herrera, acompañado de Gerardo Requejo. Les recibió en la estación de San Bernardo el P. José M. Rubio, Director entonces de la Congregación de los Luises en la ciudad hispalense¹¹.

Este primer pasaje, que tiene pleno carácter autobiográfico, y su confirmación informativa, muestran dos hechos harto valiosos en orden a la interioridad de don Ángel.

⁹ Véase *Obras completas*, vol. I, pp. 293-301.

¹⁰ *Ibíd.*, pp. 294-295.

¹¹ Véase CARLOS STAEHLIN, *El Padre Rubio*, p. 146, Madrid 1974.

Primero, el juicio sobre el hoy ya santo canonizado, P. José María Rubio, de la Compañía de Jesús. Tiene este juicio dos vertientes: Primera, la de la certera estimación que don Ángel tuvo respecto de la santidad del P. Rubio. Plano de mirada objetiva. Y segunda, –plano subjetivo–, la de probar la fina apreciación, por parte de don Ángel, de la virtud excelsa de una persona. También en el campo del espíritu hay olfato certero de virtudes y capacidades de experto catador de soleras en materia de santidad. Don Ángel las tenía.

Pero es el segundo dato el que conviene subrayar. Don Ángel trató en Madrid «muy íntimamente» con el P. Rubio. Intimidad subrayada por el adverbio modal y por el anterior de intensidad «muy», los cuales denotan que don Ángel tuvo en el P. Rubio su confesor ordinario y también director espiritual en gran parte de sus años madrileños. Ignaciano desde su primera juventud, nada tiene de extraño esta relación de dirigido-director, que don Ángel manifestó como de pasada, pero con suficiente claridad en sus años malagueños. Sumamente parco en el uso del adverbio «muy», solo lo empleaba cuando el término afectado por dicho adverbio de intensidad, poseía y merecía el grado de superlativo que el «muy» significa.

Dos datos posteriores en el tiempo confirman esta íntima relación de Ángel Herrera con el P. Rubio.

Tobías Huelves Alcázar era un dirigido y ayudante del P. Rubio en la asistencia de este a los enfermos. Quedó sin trabajo. El P. Rubio se dirigió al Director de *El Debate* y este lo colocó inmediatamente como distribuidor del periódico. Para Herrera una recomendación de su director espiritual era una orden¹².

Segundo elemento. Al día siguiente de morir en Aranjuez el P. Rubio, *El Debate* publicaba una amplia y significativa nota necrológica, que era todo un testimonio de reconocimiento de la santidad del jesuita fallecido: «Durante los dieciocho años de su permanencia en Madrid se había granjeado una simpatía universal. Había llegado a ser popular aquel austero sacerdote modesto, humilde, que en sola su presencia, atrayente y bondadosa, tenía el sello de los santos. El Padre Rubio, en

¹² PEDRO MIGUEL LAMET, *Como lámpara encendida. José María Rubio*, p. 162, Barcelona 2003. Véase *Posiciones y artículos para el Proceso*, p. 108, Madrid 1944.

suma, pertenecía a esa jerarquía de apóstoles jesuitas modernos, que dejan tras sí una estela de virtudes, y nos parece que debe ser colocada su memoria al lado de la que dejaron esos dos ilustres misioneros de Andalucía: el P. Tarín y el P. Arnáiz»¹³.

¹³ Texto en *El Debate*, edición del 3 de mayo de 1929. Véase CARLOS STAEHLIN, *El Padre Rubio*, p. 335, Madrid 1974; y JESÚS M. GRANERO, *Cristo y los pobres. El P. Tiburcio Arnáiz*, S.I., Madrid 1980.

Capítulo 2

LA CASA DE EJERCICIOS EN ARTURO SORIA, MADRID

Estamos en abril de 1935. Don Ángel había dejado hacía dos años la dirección de *El Debate*. Era entonces Presidente de la ACdP y de la Junta Central de la Acción Católica. Fernando Martín Sánchez ocupaba el puesto de Vicepresidente de la Asociación. Compran y acondicionan una casa de tres pisos para tandas de Ejercicios ignacianos, situada entonces en Arturo Soria, 34.

La compra la hacen los propagandistas. Era un regalo de la ACdP al P. Ángel Ayala, su fundador. Se abrió para ello una suscripción nacional interna, a fin de que todos los socios contribuyeran a sufragar los gastos de acondicionamiento y reforma, «con instalación modesta, pero completamente decorosa».

Se encomendaron todos los servicios y el gobierno de la casa a la entonces «Pía Asociación Milicia de Jesús», institución femenina fundada por el santo párroco de Murchante, Navarra, don Pedro Legaria Armendáriz, y hoy ejemplar congregación religiosa de las Esclavas de Cristo Rey.

Vino a la inauguración el propio fundador del Instituto, amigo personal íntimo de don Ángel. En la historia de la Congregación se consigna el dato siguiente:

«Se había iniciado la idea por medio del muy digno D. Ángel Herrera, que, habiendo conocido la marcha de la Obra de Ejercicios en nuestras dos Casas de Navarra, tomó con gran interés el asunto... Más de una vez el buenísimo y ejemplar don Ángel Herrera se retiraba allí algunos días, pasándolos en completo retiro. Y cuando tenía algún trabajo urgente hacía lo mismo. Era un hombre de Dios. Para cuando la comunidad bajábamos a la capilla, ya estaba allí de rodillas. Cuando nos retirábamos por la noche, allí se quedaba ante el sagrario»¹⁴.

¹⁴ MARÍA ASUNCIÓN URSÚA, *Una obra toda de Dios*, vol. I, cap. XX, *Historia de la fundación de Madrid*, p. 578, Burgos 1995.

También aquí aparece un juicio, esta vez sobre don Ángel, juicio, cuyo valor viene dado por la cualidad de religiosas de quienes lo emiten, buenas estimadoras de los hechos que presencian y recogen. «Era un hombre de Dios». Y se consigna en este pasaje un dato elocuente de anticipada oración matutina y de prolongada oración nocturna, que acredita el cultivo intenso que de las mismas hacía el entonces seglar don Ángel.

Y debe añadirse, para situar el valor pleno de este testimonio, que tales retiros de don Ángel eran puramente individuales, a solas, ya que además presidía los retiros mensuales y los trimestrales que hacían los propagandistas del Centro de Madrid en la Casa de Ejercicios de Chamartín de la Rosa.

Capítulo 3

CON DON MANUEL GONZÁLEZ GARCÍA, EL SANTO ARCIPRESTE DE HUELVA

Otro dato, también inesperado, de carácter autobiográfico. Su trato con don Manuel González García, Obispo de Málaga, desterrado de su diócesis en Madrid durante los años de la República. Don Ángel admiraba a don Manuel. Y don Manuel admiraba a don Ángel¹⁵. Se conocían desde el año de la fundación de los propagandistas, 1909.

En 1930, don Manuel, ya Obispo de Málaga, invitó a don Ángel a dar dos conferencias en Málaga, una en el propio Palacio episcopal y otra en el Seminario. Natural resulta que el primer Presidente de los propagandistas comunicara confidencialmente en 1936 al obispo malagueño, desterrado de la diócesis, su decisión de hacerse sacerdote.

En la alocución que pronunció al entrar en la diócesis de Málaga el 12 de octubre de 1947, don Ángel recordó a su predecesor en dicha sede, don Manuel, del cual hizo un perfecto retrato en dos líneas: «Figura amable, externamente todo gracejo y alegría, internamente puro holocausto y sacrificio». Y añadió con evidencia autobiográfica significativa: «Venerado y querido amigo, con cuya amistad me honré, a quien conocí y amé desde los primeros días de mi apostolado»¹⁶. Amistad y cariño que fueron recíprocos.

Este dato, repito, de carácter autobiográfico, que se retrotrae, como he consignado, a 1909, se completa con otro posterior, que confirma esta relación de don Ángel con don Manuel, hoy ya canonizado¹⁷.

El 9 de diciembre de 1959 pronunció, lo he recordado anteriormente, el entonces Obispo de Málaga el sermón funeral por el alma de la Madre Asunción Soler, y declaró lo que sigue:

¹⁵ De la amistad entre el Arcipreste de Huelva, don Manuel González, y el Presidente de los propagandistas, don Ángel Herrera, da cuenta la invitación que el primero hizo al segundo, cuando este se encontraba en Sevilla, para que acudiese a Huelva el viernes 12 de diciembre de 1913. Cf. *El Debate*, 11 de diciembre de 1913, p. 1.

¹⁶ *Obras completas*, vol. I, p. 111.

¹⁷ D. Manuel González fue canonizado el 16 de octubre de 2016.

«Yo traté mucho a don Manuel en todo el curso de la vida... La última de mis entrevistas con don Manuel no puedo olvidarla. Recibió una gran alegría, cuando supo que iba a despedirme, porque me dedicaba a la carrera eclesiástica. Vivía en aquella casita de Blanca de Navarra... Recuerdo perfectamente toda la conversación. El despacho en que estaba don Manuel podía resultar modesto hasta para un estudiante de Derecho¹⁸. Toda la conversación versó sobre el sacerdote-Hostia. “Vas a hacerte sacerdote y el sacerdote tiene que ser Hostia. Tiene que abrazarse al sacrificio”. Recuerdo perfectamente la descripción pintoresca, bellísima, que me hizo de la fabricación de la Hostia. “Hay que cocerla. Hay que quemarla. Tienes que ser Hostia y destruirte, si quieres llegar a ser un buen sacerdote”»¹⁹.

¹⁸ En la Carta postulatoria que don Ángel, Obispo de Málaga, escribió al Papa Pablo VI el 20 de diciembre de 1966 para rogar la apertura de la Causa de canonización de don Manuel González García, hoy felizmente beatificado por San Juan Pablo II el 29 de abril de 2001, y canonizado por el papa Francisco el 16 de octubre de 2016, escribía aquel: «Era tan reducida la pieza, que para conversar hubimos de salir al pasillo. No cabíamos los dos en su breve despacho».

¹⁹ *Obras completas*, vol. I, pp. 295-296.

Capítulo 4

DON ÁNGEL, COADJUTOR EN LA PARROQUIA DE SANTA LUCÍA, SANTANDER

Nueva ventana, esta vez no autobiográfica, sino testimonial autorizada. En 1946 don Ángel, coadjutor de la parroquia de Santa Lucía, en Santander, había creado una Residencia sacerdotal. A ella llegó un joven sacerdote, navarro de pro, que fue durante varios lustros secretario de don Ángel en el obispado de Málaga. Me refiero a don José María Eguaras Iriarte, quien más adelante trabajaría ejemplarmente como Vicesecretario General de la Conferencia Episcopal Española.

Los datos que recojo a continuación me han sido aportados por él. Durante los años que estuvo en Santa Lucía, don Ángel hacía diariamente en la capilla de la Residencia una hora entera de oración de rodillas. Era práctica habitual en él, durante los años de su dirección, como seglar, de *El Debate*. En la noche del jueves al primer viernes de mes él y todos los sacerdotes de la Residencia celebraban una hora eucarística en la capilla a las 2 de la madrugada, «ante el Santísimo Sacramento, con rezo del rosario y lectura de los versículos correspondientes del Evangelio, deteniéndonos tras cada misterio a meditar durante un espacio de tiempo; y al final la bendición»²⁰.

Era el primero en levantarse por la mañana. Y el primero en entrar en la capilla, así como el último en salir de ella por la noche antes de retirarse a descansar. Más aún. Mientras estuvo en Santander practicaba la oración de media noche y daba como razón que así se imitaba la oración nocturna del Señor. Es una hora de oración, decía, que «llega directamente al Corazón de Jesucristo».

El 6 de agosto de 1946, José María Eguaras, joven sacerdote de la diócesis de Pamplona-Tudela, llegaba a Santander para incorporarse a la Residencia sacerdotal que don Ángel, ya sacerdote, había abierto en la barriada de Maliaño.

²⁰ Testimonio de don Rafael González Moralejo, quien llegó a ser obispo, en C, p. 291.

«Fue la primera noche de mi estancia en la Residencia. A medianoche oí un ruido extraño. Algo así como una sirena pequeña muy suave o como el chirrido de una puerta que se abre y se cierra. No le di importancia. Y la segunda noche, igual. El mismo ruido. Y la tercera y... Ya no pude más. Comunicqué a los compañeros y se echaron a reír diciendo: “Es la dinamo de don Ángel, que baja a la capilla a media noche para hacer una hora de oración”. Efectivamente, don Ángel tenía una linternita de dinamo y al apretar el botón de la dinamo, se producía el “ruidillo” misterioso. Una hora entera pasaba arrodillado en la tarima del altar, frente por frente del Sagrario»²¹.

Reiteró Eguaras este testimonio en el verano de 2006:

«Les digo este hecho, que yo lo he comprobado: don Ángel se levantaba todas las noches a la una de la madrugada y estaba haciendo oración de una a dos de la madrugada. A las dos se retiraba. Mantuvo esta práctica durante todo el tiempo que vivió en Santander. Pero también aquí en Málaga, (soy testigo de ello, porque viví con él prácticamente toda su vida de Obispo), mantuvo esta oración durante la noche»²².

²¹ Texto inédito de los *Recuerdos* de don José María Eguaras.

²² ELÍAS DE MATEO AVILÉS (Coord.), *La vida y la obra del Cardenal Herrera Oria*, p. 157, Málaga 2006.

Capítulo 5

LA VIRTUD DE LA SANTA OBEDIENCIA

Es la obediencia una virtud decisoria de valor sumamente indicativo para sopesar el grado de santidad de una persona. Entre otras razones, porque se halla íntimamente vinculada a la básica virtud de la humildad. Los grados de la obediencia suelen manifestar los niveles de la humildad, y estos a su vez los escalones de la santidad.

Pues bien, Ángel Herrera dio en 1913 un alto, yo diría que altísimo, ejemplo de obediencia, que no dudo en calificar de heroica. En 1964, Fernando Martín Sánchez recordó en un Círculo de Estudios que «al ir a realizarse en Madrid un mitin monstruo en el frontón Jai Alai, el Conde de Romanones logró del Obispo de Madrid-Alcalá que se ordenase a los propagandistas la suspensión del mitin el día antes. *El Debate* acató la orden, los propagandistas también y el mitin no se celebró»²³.

¿Qué mitin era ese? ¿Cuál fue su motivación? ¿Qué pasó? La respuesta a estas preguntas se halla en dos artículos publicados en *El Debate* el domingo 16 de marzo de 1913, p. 1, y el domingo 30 de dicho mes, también en primera plana, artículos ambos firmados excepcionalmente por el Director del periódico y Presidente de la Asociación Católica de Jóvenes Propagandistas, Ángel Herrera.

Se trataba del proyecto de ley que suprimía la enseñanza obligatoria del catecismo en la escuela pública. Proyecto patrocinado por el Conde de Romanones e inspirado y promovido por la Institución Libre de Enseñanza. *El Debate* se opuso. Y preparó un magno mitin. Todo estaba dispuesto para el domingo 16 de marzo. La concurrencia prevista era numerosísima. Y la víspera, el sábado 15, el Obispo de Madrid-Alcalá, tras la entrevista que mantuvo con el Conde a petición de este, rogó a Herrera que el mitin se suspendiera.

²³ Véase *Boletín ACdP*, n. 790, 1 de enero de 1965, pp. 1-6.

Ángel Herrera declaró que «solamente una orden de la autoridad eclesiástica podría hacer que no se celebrara el gran mitin del domingo. Ayer se nos dio dicha orden». Y añadió:

«A nadie cedíamos en calor, en fe, en el triunfo, en plenísima confianza en el éxito inmenso de hoy, en el día de gloria que íbamos a dar a la Iglesia de Cristo; pero hablan nuestros pastores y no hay más remedio que humillarse, abandonar el propio criterio y obedecer, por muy doloroso que sea».

Pero sobrevino un segundo momento en el episodio. El diario carlista madrileño *El Correo Español*, en su edición del 29 de marzo, hizo un comentario, según el cual el Director de *El Debate* había procedido en la organización del mitin sin apoyo alguno eclesial. Ángel Herrera reiteró que no había existido «el menor asomo de rebeldía. Solamente una orden se me ha dado y sin réplica, inmediatamente, la he cumplido».

No solo esto. El articulista de *El Correo Español* –(nótese la reducción individualizada de la autoría, que el reproche hace)– acusaba a Ángel Herrera de haber intentado arrojar sobre la persona del Obispo «la odiosidad de haber evitado el triunfo católico y la derrota sectaria».

Ángel Herrera, que no discutía con los afines, calló ante tal acusación, objetivamente calumniosa. No respondió al articulista. Se limitó a dirigirse a su Prelado:

«Aquí no me resta, como sumiso hijo de la Iglesia, sino pedir humildemente perdón al señor Obispo de las faltas que involuntariamente pueda haber cometido. Créame, mi amantísimo Prelado, que la gloria de Dios y no otra cosa, ha guiado mi pluma y que si erré en algo fue por ignorancia o torpeza, nunca por malicia o mala voluntad»²⁴.

Esa noche del 29 al 30 de marzo de 1913 la calificó el P. Ángel Ayala de «noche triste de *El Debate*, en su redacción situada entonces en la calle del Barquillo 4-6»²⁵.

²⁴ Texto de los dos artículos en CARD. ÁNGEL HERRERA ORIA, *Obras completas*, vol. II, pp. 363-373, BAC 630, Madrid 2002.

²⁵ Cf. *Boletín*, n. 184, 1 de enero de 1934, p. 3.

El P. Manuel Marina afirmó en escrito consignado a la ACdP, que «Herrera era sumamente cuidadoso de la ortodoxia, mediante la obediencia plena y sin reservas a la autoridad eclesiástica dentro de su propia esfera, aunque cuidando de no comprometerla en cuestiones libres, de opción temporal o políticas»²⁶. Deslinde temático, que no conviene minusvalorar.

²⁶ Véase C, p. 365.

Capítulo 6

OTRO EJEMPLO DE OBEDIENCIA. LA GRAN CAMPAÑA SOCIAL DE 1922

Nuevo ejemplo de santa obediencia.

Se conoce con este nombre la Gran Campaña que los propagandistas y en concreto *El Debate* organizaron para recaudar fondos destinados a un fin social de magna amplitud: crear una Universidad católica y despertar el sentido de la justicia social en los católicos españoles, tan necesitados de tal sacudida.

En aquella época encontró Herrera equipos excelentes de hombres preparados para llevar a cabo la Campaña. Pero no invertía las prioridades. Fijó primero el fin, buscó los sujetos, y luego, como siempre, pensaba en la base económica. Apoyó Herrera la Campaña en la experiencia que se había realizado en Uruguay y en Argentina.

Recabó los permisos necesarios de la autoridad eclesiástica española. Logró un documento colectivo del episcopado. Obtuvo la aprobación verbal del propio Benedicto XV, buen conocedor de la situación española, en la última entrevista, víspera de su muerte, que el Papa le concedió²⁷. También acudió a don Alfonso XIII, a figuras del pensamiento católico, como Vázquez de Mella y Ortega Munilla, y también a algunos financieros españoles, quienes se comportaron con don Ángel Herrera con magnificante generosidad y abnegación ejemplar.

Todo estaba preparado. Todo se puso en marcha. Sin embargo, la Gran Campaña Social hubo de suspenderse. Se redujo a un gran mitin celebrado en el teatro de La Zarzuela. Nuevo fracaso, como los de Palencia, Valderredible y el mitin monstruo del Jai Alai. ¿Qué había pasado? «Fueron las clases conservadoras las que influyeron directamente sobre el Rey». Este desautorizó la Campaña. Y la autoridad eclesiástica ordenó la suspensión.

²⁷ Véase *Obras completas*, vol. II, p. 375 y ss.

El P. Marina, jesuita, declaró: dio el Director de *El Debate* «un ejemplo insigne e incluso heroico de sumisión rendida a la Jerarquía». «Jamás le oyó una queja ni una censura; breve y discretamente desviaba la conversación, y si acaso, daba a entender que cuando la Providencia dispuso así las cosas, era porque quizá no estaban en sazón para dar el fruto debido»²⁸.

José María Gil Robles, estrecho e inmediato colaborador de don Ángel entonces en *El Debate*, ha manifestado muchos años después: «No es cierto que Ángel Herrera manifestase en ningún momento públicamente o en privado su hostilidad o animadversión contra el monarca [Alfonso XIII]» a causa de la suspensión de la Gran Campaña Social²⁹.

Quien se sienta acuciado por el debido estímulo de conocer con exactitud la verdad, puede comprobar lo dicho, leyendo el editorial, que por directa indicación de Ángel Herrera, Director del diario, publicó *El Debate* el 15 de abril de 1931 como homenaje a don Alfonso XIII, apenas proclamada la República y exiliado el rey³⁰.

²⁸ Cf. C, p. 365.

²⁹ JOSÉ MARÍA GIL ROBLES, *La fe a través de mi vida*, pp. 79-80, Bilbao 1975.

³⁰ Puede leerse reproducido en su esencia en JOSÉ M. GARCÍA ESCUDERO, *El pensamiento de «El Debate»*, pp. 846-847, BAC 438, Madrid 1983.

Capítulo 7

UN BREVE PÁRRAFO AUTOBIOGRÁFICO

En su despedida de la diócesis de Málaga, 28 de agosto de 1966, dos años antes de su fallecimiento, don Ángel abrió con su discreción habitual en cinco líneas el resumen de su vida. Es un texto sumamente aprovechable para calibrar la virtud de su autor.

«Mi vida pública se divide en cuatro períodos: Director de *El Debate*, sacerdote, obispo, y obispo dimisionario. Dios sabe que en los cuatro campos entré por obediencia y obediencia venida directamente de la Santa Sede. Y en tres de ellos directamente del Romano Pontífice»³¹.

«Mi vida pública» es decir, desde 1909, con veintitrés años, a 1968, fecha de su muerte, con ochenta y dos años. O sea, cincuenta y nueve años. Aceptó la dirección del periódico por expresa petición personal del Nuncio Antonio Vico. Pasó a dirigir la Junta Central de la Acción Católica española por nombramiento de la Jerarquía, con la aprobación de Roma. Retrasó su paso al estado clerical por expreso consejo, en 1928, de Pío XI, quien le autorizó el paso a finales de 1935. Y fue obispo y Cardenal por nombramiento, respectivamente, de Pío XII y de Pablo VI.

Tiene esta concisa manifestación autobiográfica todo el valor probatorio de la virtud de la obediencia, de la que quedan consignados en sendos capítulos anteriores dos elocuentes y decisivos momentos, a los que cabe añadir una anécdota de los años de la República, que me refirió Sánchez de Muniáin y me confirmó expresamente don Ángel.

«Había publicado en *El Debate* –esto sucedía en el primer semestre de 1933– un editorial que no agradó del todo a don Leopoldo Eijo y Garay; este le llamó y le expuso las razones de su disgusto; y don Ángel respondió aludiendo a determinadas sugerencias muy altas con arreglo a las cuales había sido escrito. Don Leopoldo no quiso saber más, pero

³¹ *Obras completas*, vol. I, p. 180, BAC 620, Madrid 2002.

le contestó muy expresivamente y con cierta ironía cordial: “¡No, si yo sé que también ustedes son exentos!”»³².

Este compendio de su vida tiene testimonios anteriores, de igual carácter autobiográfico, que importa recoger.

Al cesar en febrero de 1933 en la dirección de *El Debate*, para pasar a la presidencia de la Acción Católica española, declaró lo que sigue: «Al repasar con la memoria los veintiún años de mi historia periodística, podré tropezar en la colección de *El Debate* con deficiencias y apasionamientos, y errores y equivocaciones, pero no me acusará la conciencia de haber sido, ni un solo día, infiel a sabiendas a los nobles ideales, cuyo servicio me trajo a la dirección del periódico. Por la Iglesia y por España hemos hecho cuanto hemos sabido, y ni siquiera hallo materia de rectificación en las ideas y en los procedimientos de nuestro apostolado religioso y civil»³³.

³² C, p. 315.

³³ *Obras completas*, vol. V, pp. 474 y 477.

Capítulo 8

«CALLA Y REZA»

El testimonio lo aportó Alberto Martín Artajo, en artículo publicado en el diario YA el 28 de julio de 1970. Sencillo, elocuente, significativo. Reproduzco el texto del que fue, como sucesor inmediato de don Ángel, Presidente de la Junta Central de la Acción Católica Española, de 1936 a 1945.

«Relataré lo que me aconteció viajando con él [Ángel Herrera], camino de Roma. Tenía audiencia con Su Santidad Pío XI para el día siguiente. Nos hallábamos en Milán y por el mucho quehacer se nos hizo tarde. ¡Qué apuro! Lo recuerdo como si lo viviera ahora mismo. No encontramos coche, y marchábamos a pie y a toda prisa hacia la estación. Es del caso recordar que por aquel entonces el Gobierno de Mussolini se preciaba, y con razón, de haber implantado una rigurosa puntualidad en el horario de los trenes, y el nuestro arrancaba del mismo Milán. Agobiados por el equipaje, remontábamos a la carrera no sé qué vía, cuando nos dio la hora de salida del expreso. Entonces yo le dije: “Ángel, es inútil seguir; el tren tiene que haber salido ya”. Él, que marchaba rezando en silencio, me contestó serenamente: “Calla y reza”. Y seguimos trotando. Llegamos a la estación con quince minutos de retraso... y nuestro tren estaba allí esperándonos»³⁴.

³⁴ C, p. 143.

Capítulo 9

OTRO TREN

Esta vez habla otro gran colaborador de Ángel Herrera, Luis Ortiz Muñoz, sevillano de pro, y subsecretario del Ministerio de Educación, con el Ministro José Ibáñez Martín, en los primeros años de la posguerra.

Se trata de otro tren, un tanto distinto al anterior, pero de igual significación en cuanto al cuadro y el valor de las virtudes y del grado de éstas en don Ángel.

«Ángel iba al periódico (*El Debate*) todos los días a las cuatro en punto de la tarde. Era de una puntualidad matemática. Jamás se retrasaba ni faltaba al cumplimiento de su deber. Durante una época me tocó trabajar con Torre de Roda, luego asesinado por los rojos, en la secretaría de Redacción. También yo debía estar a las cuatro en punto. Mas un día me retrasé. Hube de ir al entierro de un familiar y llegué a *El Debate* a las cuatro y cuarto. Tuve la mala fortuna de que ya me había llamado el director. Entré enseguida en su despacho, y muy suavemente, -porque jamás a Ángel le dominó la ira-, me dijo: “Para mí el periódico es una estación de ferrocarril, y el tren tuyo me llega a las cuatro en punto y no a las cuatro y cuarto”. Desde entonces tuve siempre ante los ojos la imagen del tren y nunca más llegué tarde a mis obligaciones periódicas»³⁵.

Debo añadir que este episodio me lo contó personalmente Luis Ortiz, entrañable y venerado amigo, tres veces a lo largo de los años que pasamos juntos trabajando en el Consejo de Redacción del YA. Con el dato complementario de que Torre de Roda le había advertido que el director del periódico le había llamado, desde las cuatro en punto hasta las cuatro y cuarto con el timbre de su despacho, tres veces.

Curiosamente, la anécdota fue recogida por Vicente Gállego Castro, cofundador y primer Director en 1935 del diario vespertino de Edica YA:

³⁵ Artículo publicado en el YA el 28 de julio de 1971 y reproducido en C, p. 155.

«Uno de los consejeros de Redacción fue llamado un día por Herrera y aún no había llegado. Cuando pudo hablar con él, le advirtió: “El periódico es como una estación de ferrocarril; tu tren tiene que entrar a las cuatro. Los retrasos perturban el buen funcionamiento de la circulación»³⁶.

Merece añadirse un dato, que considero complementario de la ferroviaria anécdota referida. Lo recogió Rafael Salazar, Jefe de Redacción del *Ya* y antiguo redactor de *El Debate* en los años de la República. Ha reproducido el testimonio García Escudero.

«Un día, poco antes de acabar la jornada laboral, Herrera encargó a Ortiz una traducción que exigía mucho tiempo. “Lo siento, Director, pero el tren en que yo regreso a casa sale de esta estación dentro de diez minutos”». Comenta García Escudero que no acababa de creer la realidad de la anécdota.

Creo, sin embargo, que el hecho fue real. Me baso en dos datos. El primero, la estrecha, cordial amistad que vinculaba al Director del diario con el editorialista, andaluz de pura cepa y maestro humanista del humor sano. Se trataba, muy probablemente, –«traducción que exigía mucho tiempo»–, de la versión al castellano de la encíclica *Quadragesimo anno*, para publicarla íntegra en *El Debate*, casi al mismo tiempo de la publicación del texto latino oficial en *L'Osservatore Romano*. Conozco esta casi simultaneidad por expresa declaración de Luis Ortiz, quien realizó el trabajo en dos días con sus respectivas noches, «a fuerza de café», como me decía³⁷.

³⁶ C, p. 127.

³⁷ Véase el artículo de Rafael Salazar en la revista de la Asociación de Padres de Familia, del Instituto Ramiro de Maeztu, marzo de 1975; y C, p. 153.

Capítulo 10

«POR LA UNIÓN DE LOS CATÓLICOS»

Es esta otra aportación autobiográfica, no conocida, curiosa y significativa. De la infancia de Ángel Herrera. Fue una confidencia hecha en Santander, recién llegado a la parroquia de Santa Lucía. La reproduce el receptor de la confidencia, José María Sánchez de Muniáin.

«No recuerdo si me lo contó a orillas del mar, recién llegado a Santander. Otras veces lo ha recordado, encareciéndome que me uniera a su ruego. Es un hecho curioso y sospecho que todavía inédito.

El caso fue que, siendo niño, oía hablar Ángel Herrera, en su casa, de las discordias entre los católicos, y contristado comenzó a ofrecer el rezo del rosario “por la unión de los católicos”. Eso era en 1897, hace justamente cincuenta años. Claro que entonces no podía entender la causa de tales discordias, mas comenzó a aborrecerlas. Luego, día a día, ha seguido aplicando indefectiblemente el rosario por la misma intención, aunque entendiendo cada vez mejor el apremiante y grave fundamento de aquella insigne preocupación infantil. Aquel hilillo de su caridad infantil se ha hecho río ancho y hondo, creciendo constantemente con lluvias de gracias y ejercicio de buenas obras»³⁸.

De esta confidencia existe una especie de confirmación en las palabras que consignó don Ángel en 1966 en el prólogo que redactó para una obra dirigida por el P. Peyton sobre el Rosario en familia, que no llegó a publicarse. Con tal prólogo quiso «manifestar públicamente de algún modo a la Santísima Virgen mi gratitud por los beneficios espirituales recibidos desde la niñez por el rezo del santo Rosario en familia». Y añadió: «el firme convencimiento que abrigo desde la niñez, de la importancia del santo Rosario para iniciar a las almas en la vida de oración»³⁹.

³⁸ JOSÉ M. SÁNCHEZ DE MUNIÁIN, *Meditaciones sobre los valores ejemplares de Ángel Herrera*, apud *Boletín ACdP*, n. 392, 15 de mayo de 1947, p. 5. Cf. C, pp. 365-366.

³⁹ Texto inédito en el Archivo del Cardenal Herrera Oria. Reproducido en *OC*, vol. VIII, pp. 486-487.

Capítulo 11

EL DON DE LA FORTALEZA

Habla Manuel Martínez Pereiro, uno de los propagandistas, coruñés él, que más trabajó con don Ángel en la Acción Católica española. Y menciona dos hechos, que muestran claro ejercicio del don de fortaleza en momentos harto difíciles.

El primero, con motivo de la inesperada proclamación de la Segunda República. A los dos días, el 16 de abril, se celebró la primera reunión tras este radical cambio político. Círculo de estudios «en el local de la Asociación, que era el mismo de *El Debate*, en la calle de la Colegiata». «Ángel nos recibió, no diré con cara de pascua, pero sí muy tranquilo. Los hombres son para las ocasiones, nos dijo, y el resultado fue que todos salimos con el espíritu levantado y dispuestos a hacer lo que hiciera falta». «El hecho fue que nos movilizamos todos los propagandistas en condiciones heroicas y casi insensatas».

El segundo hecho recae sobre la actuación de don Ángel como Director de *El Debate*.

«Era su obra. José María Valiente me contó que estaba Herrera tan pendiente del periódico que en una ocasión, en que estuvo enfermo durante una temporada muy larga, no lo desatendió, sino que prácticamente repartió su vida entre la cama y el despacho»⁴⁰.

Isidoro Martín recordaba que oyó contar «a personas que habían tratado muy de cerca (a don Ángel) que, habiendo sufrido un grave revés en sus intereses económicos, tan grave que se consideró necesario comunicárselo, mientras presidía un Círculo de estudios de la Asociación, siguió su tarea como si no le hubiera ocurrido absolutamente nada»⁴¹.

⁴⁰ Cf. C, p. 389.

⁴¹ *Ibíd.*, p. 386.

«Cuando se veía discutido y aun atacado, y lo era con frecuencia en su mundo de entonces, no menos turbulento que el de hoy, reaccionaba siempre con criterio espiritual y no mundano. Quien esto escribe fue testigo de una violenta ofensiva contra *El Debate* por parte de otro diario afín y tan católico como pudiera serlo aquél, y se quedó pasmado cuando oyó a don Ángel esta frase, que él decía tomar de cierto santo prelado catalán: “Cuando nos combaten los buenos no debemos airarnos, porque, dada su buena fe, sin ofensa de Dios somos atribulados, y esto es una prueba buena para el espíritu”»⁴².

«Era don Ángel un hombre construido interiormente con granito y cemento: un hombre fuerte. En una ocasión les dijo a algunos amigos íntimos: “Sois excelentes padres de familia, sois católicos ejemplares, pero os falta la virtud de la fortaleza”»⁴³.

Comprobación, *a sensu contrario*, de la fortaleza de Herrera dan ciertos juicios sumamente peyorativos e incluso despreciativos, que García Escudero ha reunido en su estudio biográfico *De periodista a Cardenal*, y todos ellos no de la acera de enfrente, sino de figuras de la llamada derecha⁴⁴.

⁴² Testimonio de Alberto Martín Artajo: *C*, pp. 142-143. Cf., también, p. 366.

⁴³ Cf., *ibíd.*, p. 318.

⁴⁴ Recoge García Escudero algunas de esas críticas lanzadas por Julián Cortés Cavanillas, José Antonio Primo de Rivera, Ramiro Ledesma Ramos y Rafael Sánchez Mazas. Significativamente no se alistó en esa falange de críticos Onésimo Redondo, ejemplar y constante propagandista.

Capítulo 12

«SED HOMBRES DE ORACIÓN»

No pocos son los testimonios concordantes sobre este dato central de la vida interior de don Ángel. Aporto aquí dos decisivos testimonios directos, no meramente referenciales.

Uno, el de Alberto Martín Artajo, íntimo colaborador de don Ángel, primero como editorialista en la redacción de *El Debate*, luego como Vicepresidente de la Junta Central de la Acción Católica y finalmente como cuarto Presidente de la Asociación. El segundo testimonio es de Patricio Borobio, ya miembro fallecido del Consejo Nacional de la Asociación.

Habla Martín Artajo: «Don Ángel fue, si los hay, un hombre de oración y, merced a la oración, un hombre de unión con Dios. “No dejéis nunca los sacramentos, pero tampoco la oración, la mental y la vocal”, nos decía, uno por uno, a todos sus colaboradores. Hablo de su época de seglar... Yo le oí añadir: “Si algún día, aunque esté justificado el caso, no hubieseis podido hacer vuestra media hora de meditación, vivid alerta, desconfiados y prevenidos, porque estaréis entonces más acechados que nunca del peligro de errar, porque vuestros juicios serán puramente humanos”»⁴⁵.

Cedo ahora la palabra a Patricio Borobio. Se refiere a su encuentro con don Ángel en los años cuarenta, cuando era él un joven universitario y formaba parte del grupo de Jóvenes de la Acción Católica zaragozana. Vino a visitarlos don Ángel, sacerdote coadjutor en la parroquia de Santa Lucía, de Santander. Los escuchó y les habló. Merece recogerse la parte de su narración, que recoge el parlamento del antiguo Director de *El Debate*.

⁴⁵ Véase C, pp. 141-142. En este pasaje Martín Artajo añade un dato de época. En sus años de Director de *El Debate* usaba don Ángel para hacer oración el libro de meditaciones del P. Avancini, volumen muy utilizado y editado a la sazón por la Compañía de Jesús en España. Se titulaba el libro *Vida y doctrina de Jesucristo*, distribuida en materia de meditaciones para todos los días y festividades litúrgicas del año. Obra compuesta en latín por el P. Nicolás Avancini; traducida al castellano por el P. Diego Salgado. Nueva edición, Madrid, Apostolado de la Oración». Se hicieron ediciones en 1914, 1921 y 1930.

«Nos animó con brío en la prosecución de nuestras tareas, que tanto le recordaban a las de aquellos muchachos de principios de siglo de la “Asociación Católica Nacional de Jóvenes Propagandistas”, que él presidió. Nos exhortó a vivir en plenitud el Evangelio; a leerlo habitualmente, a meditarlo en profundidad. Se refirió a las Epístolas de san Pablo, un gran venero para la actuación apostólica. Nos pidió que amásemos mucho a la Iglesia y que la sirviéramos “como ella quiere ser servida”. En consecuencia, teníamos que conocer su riquísima doctrina, la emanada del magisterio pontificio, y en especial, la contenida en las encíclicas sociales, cuyas enseñanzas debíamos propagar por España. “España.” Sus palabras sobre esta rezumaban un hondo amor a la patria y un gran deseo de mejorarla. Nos mostró sus carencias: España es un país con muy bajo sentido social, con falta de minorías rectoras, con penuria de instituciones. Todo esto hay que superarlo. A ello estábamos llamados.

En la misma España podríamos encontrar resortes que nos ayudasen. Por eso nos incitó a conocer su historia; a leer a sus clásicos, a extraer de los grandes autores del Siglo de Oro la honda sabiduría que encierran. Por supuesto, se detuvo en los grandes místicos, en Teresa de Jesús, y también en Ignacio de Loyola. Recuerdo que nombró con especial delectación a Cervantes y el *Quijote*. Nos recomendó el estudio de nuestros pensadores, principalmente de Balmes, cuyos escritos políticos consideró lo más interesante de su obra. Nos alentó a la acción, a actuar con optimismo: “Todo lo puedo en Aquél que me conforta”. “Pero ante todo –nos dijo al final textualmente– sed hombres de oración”. Esta idea, ampliada a continuación con otras, causó en mí, por la rotundidad con que la expresó, una impresión indeleble. Al fin, era aquel mismo gigante de la acción de la que nos hablaba, aquel creador de tantas instituciones, quien nos aseguraba, tajante, que todo era nada sin la íntima unión con Dios. “Ante todo –repetía con pleno convencimiento– sed hombres de oración”. Nunca se me han olvidado las palabras finales, exactas, de la intervención de don Ángel Herrera»⁴⁶.

⁴⁶ Cf. *Boletín ACdP*, número extraordinario, febrero de 2000, pp. 10-11.

Escribe el P. Marina, jesuita, que:

«el recuerdo más vivo que conserva de él se refiere a la vigilia de oración en la iglesia de los padres agustinos de la calle de Valverde, que precedió a una imposición de insignias a los propagandistas. Estos hacían la vigilia uniéndose al turno correspondiente de la Adoración Nocturna, y era habitual que se retirasen a descansar o conversaran con los compañeros una vez cumplido su turno de vela de una hora, que exigía mucha concentración espiritual. Pues nuestro Ángel permaneció inmóvil ante el Santísimo expuesto cree que durante la noche entera, y al contarlo admirativamente, le dijeron que lo hacía con frecuencia»⁴⁷.

Testimonio parecido es el que aporta Ricardo Mir:

«Estando sano (don Ángel) era ya una costumbre suya partir la noche en dos. Se acostaba y hacia las cuatro de la mañana se volvía a levantar. Hacía un rato de oración y celebraba la misa de la Adoración Nocturna. Tomaba algo y se sentaba en un sofá para descansar un par de horas más. Era tal el dominio de su cuerpo, que no tenía más que proponerse dormir o despertarse para conseguirlo inmediatamente. Cuando alguno de sus colaboradores íntimos mostró su extrañeza ante esta costumbre de partir la noche en dos, toda su contestación se redujo a lo siguiente: “Es una cosa muy práctica. Según los médicos, el primer sueño es el mejor. Pues mira, así tiene uno dos primeros sueños”»⁴⁸.

Merece recogerse el testimonio de una sobrina de don Ángel, Asunción Herrera, la cual recuerda haber visto a su tío en la casa de su abuela en Madrid, donde tenía la familia oratorio con el Santísimo:

«Un día le vi pasar toda la tarde de rodillas sobre el suelo sin apoyarse, inmóvil. Mis primos y yo abríamos una rendija en la puerta y comentábamos: No se mueve nada. Estaba profundamente recogido. Yo le veía como un santo»⁴⁹.

⁴⁷ C, p. 364.

⁴⁸ RICARDO MIR, en la revista *Escuela Rural*, órgano del Magisterio Rural de la Diócesis de Málaga, noviembre 1968, p. 4.

⁴⁹ Cf. MARÍA VICTORIA TRIVIÑO, *La escala de la noche. Sor M^a Francisca del Niño Jesús*, p. 154, Madrid 2000. Véase también *Boletín de la Causa de beatificación*, 4-1999.

Con este testimonio familiar coincide el de otro sobrino de don Ángel. Hablo de don Juan Herrera Fernández, quien expone una significativa apreciación: «En una familia de quince hijos, en la que llegó a haber cinco jesuitas y de una gran virtud, el que daba mayor impresión de religiosidad era él (Ángel)... Era hombre de meditación y de piedad más que otra cosa. Llegaba yo a casa de los abuelos y, a lo mejor, a las doce de la mañana él estaba en la capilla, rezando, y así hasta la una y media, que era la hora de la comida»⁵⁰.

Don José Tocino, uno de los grandes colaboradores de don Ángel en Santander, refiere a propósito de la dirección espiritual impartida por éste, que «nos trasmitía reiteradamente su consejo, su deseo de que la meditación fuera directamente sobre los santos Evangelios. Y nos enseñaba cómo hacerlo»⁵¹. «Era realmente impresionante –recuerda Ángel Vegas–, verlos (a Ángel Herrera y Manuel Aparici) en momentos de meditación»⁵².

Ricardo Mir, Director de la revista *Escuela Rural*, consigna otro dato coincidente con los anteriores:

«En 1959 falleció la Reverenda Madre General de las religiosas Carmelitas del Sagrado Corazón, que de siempre le habían atendido. Cuando el sacerdote que había administrado la unción de los enfermos a la Madre General volvió a Palacio, después que la religiosa había ya fallecido, quiso comunicar la triste noticia al señor Obispo. Llamó a la puerta de su habitación y Monseñor no contestaba. Entonces se le ocurrió entrar por el otro lado de la habitación, atravesando la capilla particular de don Ángel Herrera. Su sorpresa fue enorme al encontrar a don Ángel de rodillas delante del sagrario, ajeno a cuanto ocurría en torno a él, ensimismado en la oración. Eran las tres y media de la madrugada de un día cualquiera»⁵³.

⁵⁰ C, pp. 323 y 327. «A veces, manifiesta Antonio Ocaña, le veía en la capilla y daba la impresión de que tenía un modo especial de comunicarse con Dios» (Ibíd., p. 405).

⁵¹ C, p. 492.

⁵² Ibíd., p. 501.

⁵³ Apud *Escuela Rural*, número 47, noviembre de 1968, p. 6.

Capítulo 13

EL REZO DEL ROSARIO Y LA DEVOCIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN

Convergen sobre este punto varios testimonios, que concentro en este capítulo.

En conversación con don José María Gil Robles, en presencia de Fernando Guerrero, al hablarle yo de la estima profunda que hasta sus últimos momentos don Ángel sentía por él, me dijo don José María, que cuando viajaban juntos don Ángel y él, y lo hacían con frecuencia, rezaban a diario siempre el rosario, ya fuera en automóvil, ya lo hicieran en tren.

A esto se añade otro dato. Durante sus viajes por Europa en su época de seglar rezaban el rosario todos los días. Concretamente en agosto de 1926 –es un caso– lo rezaban en Viena los viajeros en la habitación de don Ángel en el hotel a las 20:45⁵⁴.

En las cartas que don Ángel, Obispo de Málaga, dirigió a la M. Francisca del Niño Jesús, santa clarisa del Convento del Corpus, en Salamanca, cuya causa de canonización está ya en Roma, se reitera el tema del Rosario, cuya práctica y estima fueron constante vital de don Ángel, como expresión filial de su devoción mariana.

«Sea muy devota del santo Rosario. Medite un ratito cada día en cada uno de los Misterios y acompañe a Nuestra Señora en ellos, llevando consigo, para que honren y alaben y pidan a Nuestra Madre, a los santos de su especial devoción. Es visita que la Virgen agradece mucho»⁵⁵.

«Es voluntad de la Virgen y de su Santísimo Hijo que se ahonde mucho en esta devoción»⁵⁶.

⁵⁴ Cf. *Boletín ACdP*, n. 24, 20 de agosto de 1926, p. 1.

⁵⁵ Carta del 17 de enero de 1958: apud DANIEL SIMÓN REY, *La Madre Francisca, Clarisa*, p. 328, Salamanca 1994.

⁵⁶ Carta del 29 de febrero de 1959: *Ibíd.*, p. 329.

«No deje de repasar a diario los quince misterios, deteniéndose brevemente en la consideración de cada uno y teniendo un coloquio con su Madre en la escena y lugar correspondiente. No es preciso que en este ejercicio rece las diez avemarías»⁵⁷.

En el prólogo a la obra del P. Peyton, que he mencionado en capítulo anterior, Ángel Herrera, ya en su lecho de enfermo, recordando sin duda su experiencia personal, afirmaba que «quienes aprenden desde niños a rezar bien el Rosario, aprenden a meditar; practican, sin darse cuenta, la parte más sabrosa y difícil de la oración, que no es tanto la consideración mental cuanto la contemplación y el diálogo afectivo»⁵⁸.

Entre los rasgos definidores de la espiritualidad de Ángel Herrera, a lo largo de toda su vida, repito, de toda su vida, hay que incluir esta constante de su fundamental vertiente mariológica. Sentido mariano que se manifestaba en ocasiones aparentemente comunes, pero de gran significado decisivo.

Emocionante es el caso de un gran amigo y viejo compañero de don Ángel, en la Congregación madrileña de los Luises, el escritor y poeta José Antonio Balbontín, quien, habiendo perdido la fe, derrumbe que consideraba «como el infortunio más grande de mi vida», mantuvo los lazos de una cordial correspondencia con el Obispo de Málaga, el cual, recurriendo a su confianza en la gran Medianera de todas las gracias, decía a Sánchez de Muniain que «ya verás cómo la Virgen le devuelve la fe»⁵⁹.

Para Ángel Herrera, el rezo del Rosario era una auténtica y decisiva escuela de oración. Conclusión que goza de evidencia total.

«Cuando en los últimos días de su vida no podía ya rezar el breviario, hacía que le leyesen los salmos en castellano, y jamás dejó de rezar el Rosario. Los últimos días estaba constantemente con el rosario que le regaló el Padre Peyton en la mano, en constante oración a la Virgen»⁶⁰.

⁵⁷ Carta del 4 de noviembre de 1959: *ibíd.*

⁵⁸ Véase la nota 38: *OC*, vol. VIII, p. 490.

⁵⁹ JOSÉ ANTONIO BALBONTÍN, *Sobre las Obras escogidas de Monseñor Herrera*, en *Índice*, octubre de 1964 y JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ DE MUNIÁIN, en *Índice*, noviembre de 1964. Cf. C, pp. 112-114.

⁶⁰ Véase *Escuela Rural*, n. 47, noviembre de 1968, p. 5.

Capítulo 14

LAS TRES AVEMARÍAS DE LERROUX

Refiere el caso Natalio Rivas en sus variopintas, numerosas e interesantes *Memorias*. Reproduzco la referencia que de lo sucedido le hizo a Natalio Rivas el propio Alejandro Lerroux.

«Cuando fue proclamada la República el 15 de abril de 1931, comenzó a ser terriblemente hostilizada y perseguida la prensa que representaba la derecha política. Las pasiones, aguijadas por los elementos perturbadores y sectarios, que en mala hora vinieron al Poder con el pérfido propósito de hacer imposible la vida de la nueva situación, para dar paso franco a la demagogia, cometieron todo linaje de tropelías contra los periódicos monárquicos. Los más realmente agredidos eran *El Debate* y el *ABC*.

Un día me visitó en mi despacho oficial del Ministerio de Estado don Ángel Herrera, hoy Obispo de Málaga, y entonces seglar, que era el alma del primero de dichos diarios. Me manifestó la injusticia con que se trataba al suyo y su deseo de que yo influyera para que cesasen los atropellos. Mi respuesta fue sincera: “Yo -le dije- carezco, aunque parezca mentira, de medios para impedir una conducta que desapruexo, porque se me ha confinado en este Departamento para impedir que yo imprima a la República una marcha, que, siendo netamente democrática, sea garantía de que se respeten todos los derechos. Si yo ejerciera el poder, concluirían tales abusos”. Salió el señor Herrera agradecido a mi franqueza, porque, como tiene mucho talento, comprendió que no le engañaba.

Pasaron los años. Estalló la revolución roja, de cuyas manos criminales pude salvarme, y como sabes, falleció mi esposa en Madrid, cuando yo estaba aún emigrado en Portugal; y como don Ángel hiciera un viaje a Estoril, tuvo la bondad de visitarme y expresarme su gran condolencia por mi entonces reciente desgracia. Llegó para mí

el momento tan ansiado de regresar a España, y me parece que por aquellos días fue designado Obispo de Málaga don Ángel Herrera, y yo me apresuré a escribirle mostrándole mi parabién por tan merecido nombramiento. Transcurrió más de un mes y me extrañó que no me contestara, pero, cuando ya no esperaba la respuesta, tuve la grata sorpresa de que por teléfono me avisara que había llegado a Madrid y que deseaba verme.

Le recibí sin demora y me expuso que no me había dado las gracias por mi enhorabuena, porque su propósito era hacerlo personalmente. Después hablamos de muchas cosas, y, entre otras, concediéndole más importancia que a ninguna, me indicó que, siendo mi edad muy avanzada y laicos mis antecedentes, se permitía aconsejarme, porque su ministerio y su buena intención lo demandaban de consuno, que sería conveniente que hiciera ejercicios espirituales para estar bien preparado, cuando llegase el supremo tránsito, que él ansiaba se prolongase, salvo la voluntad de Dios. Yo agradecí, como debía, la bondad que me dispensaba, asegurándole que en el fondo de mi conciencia era sinceramente cristiano y que lo único que me faltaba vencer era la resistencia que siempre tuve a someterme a los rigurosos preceptos de toda religión positiva.

«Al despedirse me dijo: “¿Quiere usted hacerme un señalado favor?”. Y como yo le respondiese que si dependía de mi voluntad, lo tuviera por concedido, añadió: “Le agradecería que me empeñase su palabra de otorgármelo”; y sin perder momento le contesté: “Considérela empeñada”. Entonces repuso: “Consiste la merced que le impetro que en lo que le resta de vida, que quiera Dios sea mucho, todas las noches, antes de dormir, rece tres Aves Marías, para que la Santísima Virgen le ilumine”. Y sin vacilar, le contesté que sería complacido».

Natalio Rivas, tras reproducir las palabras del antiguo Jefe del Partido Radical, añade como conclusión: «Cuando Alejandro terminó su relato, le dije yo: “¿Has cumplido tu promesa?”, respondiéndome muy seriamente: “Y la cumpliré mientras viva”»⁶¹.

⁶¹ NATALIO RIVAS SANTIAGO, *Retazos de historia*. Sexta parte del anecdotario histórico contemporáneo, pp. 94-95, Madrid 1952.

Capítulo 15

LAS DOS CONFERENCIAS EN GRANADA, 1909

Reproduzco las palabras, autobiográficas, de Ángel Herrera, cuando en el homenaje que la Asociación dedicó al P. Ayala en Madrid, el 22 de junio de 1930, contó su primera expedición a Granada, al día siguiente de la fundación de la Obra. Todo un arranque de audacia juvenil espiritualmente madura.

«Esta fue una de nuestras empresas de propagandistas. Nos reuníamos todos los días para planearla en Areneros, donde a la sazón residía el P. Ángel Ayala. Había que ir a Granada. Escribimos proponiendo la celebración de un mitin católico. Nos contestaron que aquello era una locura y que el fracaso se produciría sin remedio.

Entonces el P. Ayala dijo: “Pues sin avisar a nadie os vais a Granada a dar un mitin”. Y, en efecto, la misma tarde de la primera imposición de insignias, Requejo y yo salimos para Granada. Llevábamos una carta del Nuncio, Mons. Vico, para el señor Obispo; y otra del P. Ayala para el P. Valera.

Llegados a Granada, visitamos al P. Director de los Luises, quien nos dijo que debíamos marcharnos; que en Granada no pasaba nada. Por fin, y gracias al P. Valera, se acordó que hablásemos a los Luises después de la Misa. Los congregantes se entusiasmaron. Pensaron que debíamos hablar también a los obreros de don Pedro Manjón. Lo hicimos. Asistirían unos 400.

Visitamos al Sr. Obispo. Como nos presentaba Mons. Vico, el Arzobispo nos dijo que estaba a los pies del Papa, pero que nuestro proyecto le parecía una imprudencia y nos propuso que hablásemos en el teatro de la Casa Social. No era esto lo que proyectábamos. Nosotros queríamos hablar en el Teatro de los Reyes Católicos. El acto se celebró con el salón lleno y con éxito evidente, que preparó la realización de nuestros deseos.

En efecto, el día de la Inmaculada, a las dos de la tarde, en el Teatro de los Reyes Católicos, dimos por fin el mitin, que transcurrió desde el comienzo hasta el fin en medio de un entusiasmo grande y de aplausos frecuentísimos. El señor Arzobispo, encantado de la actitud del público, exclamó: “No sabíamos lo que era nuestro pueblo”. El P. Director de los Luises, que nos encontró, pasados unos días, en Sevilla en la calle, vino a nosotros rápidamente para abrazarnos»⁶².

Huelga el comentario. Caso ejemplar de cómo la audacia sobrenatural salta por encima de los explicables obstáculos domésticos en la labor de la evangelización.

En 1935, cuando Ángel Herrera renunció a ser reelegido como Presidente de la Asociación, retornó a su recuerdo de estos primeros mítines de Granada.

«Salimos de propaganda la primera vez Requejo, Clairac y yo, como verdaderos quijotes, sin saber a qué... El “quijotismo” se ve también en el nacimiento del propio *El Debate*. Ahora, cuando conocemos lo que es un periódico, comprendemos la audacia de unos jóvenes que nos lanzamos a crear un periódico sin conocimientos periodísticos, sin precedentes, sin tradición de prensa, sin máquinas, sin nada»⁶³.

⁶² *Boletín ACdP*, n. 95, 5 de julio de 1930, pp. 2-3.

⁶³ *Ibíd.*, n.ºs. 203-204, 15 de septiembre de 1935, p. 6.

Capítulo 16

EL DOCTOR MOURIZ

Reproduzco el texto escrito por el propio Ángel Herrera, siendo Director de *El Debate*.

«El Dr. Mouriz, madrileño, fue eminente en ciencias químicas. Pertenece al Partido Socialista de Madrid. Fue diputado socialista por Madrid. Pero era un hombre de rectitud natural y de natural bondadoso y benéfico.

El Dr. Mouriz entró en la Academia de Medicina de Madrid. El día de su ingreso, el Director de *El Debate* recibió directamente la información del redactor encargado de hacerla⁶⁴.

— Señor Director -dijo este- ha habido una espléndida sesión en la Academia de Medicina.

— ...

— El discurso del Dr. Mouriz y la respuesta del Dr. Marañón. Ambos han hecho discursos bellísimos. Mouriz ha sido muy felicitado.

— ...

— Sí, Mouriz es hombre de izquierdas. Figura en el Partido Socialista. Pero, en efecto, es, como vulgarmente se dice, una bellísima persona. Todo el mundo lo quiere en Madrid.

— ...

— No, no es sectario. Al contrario, es siempre muy respetuoso con la Iglesia.

— ...

— No, tampoco es creyente, que yo sepa. Desde luego, es voz pública que no practica. No entra en la iglesia.

— ...

⁶⁴ El doctor José Mouriz y Riesgo entró en la Real Academia de Medicina el 2 de junio de 1929. El discurso de contestación de don Gregorio Marañón está recogido en las *Obras completas* de este, vol. II, pp. 249-262; y como complemento véanse también las páginas 437-439 del mismo volumen.

— ¿Publicarlo mañana como figura de actualidad en nuestro periódico? ¿Con un pie elogioso, como corresponde? ¿Qué dirá nuestro público? Va a sorprender un poco en Madrid que *El Debate* haga un elogio de un hombre que figura en el Partido Socialista.

— ...

— Bien, bien. Yo mismo me encargo de hacer el pie, y lo hago con mucho gusto, porque ese hombre despierta mis simpatías por su manifiesta hombría de bien.

Al día siguiente aparecía, como figura de actualidad, a tres columnas, en *El Debate* la fotografía del Dr. Mouriz, con un pie encomiástico, referente al discurso pronunciado en la Academia de Medicina⁶⁵.

Por la tarde, el Dr. Mouriz se presentó en el despacho del Director de *El Debate*. Hombre sumamente expresivo, jovial, campechano, se dirige al Director, le estrecha ambas manos, y le dice: “¡Pero no acabo de comprender cómo es posible que *El Debate* haya sido el diario de Madrid que me haya tratado con más cariño! Pero... ¿Vd. conoce mis ideas, Sr. Director?”

La entrevista fue cordialísima. Mouriz se empeñó en que el Director cenara con él aquella noche. El Director accedió. Se dio cuenta del temple del hombre que tenía delante. Mouriz mismo sacó la cuestión religiosa. Le dijo que él, desgraciadamente, no creía. Acentuó el “desgraciadamente”. “Porque mi mujer –añadió– y mis hijas son fervientes católicas y yo veo el consuelo que perciben, viviendo intensamente la religión en que creen. Comulgan a diario. Si Vd. fuera, Sr. Director, a mi casa, quedaría sorprendido al ver que tengo un Sagrado Corazón en la puerta. Algunos amigos me lo han reprochado. No concibo que haya hombres que no guarden el más profundo respeto a las creencias

⁶⁵ En su edición del martes 4 de junio de 1929 *El Debate* publicaba en la página 3, bajo el retrato del doctor Mouriz el siguiente texto: «El doctor Mouriz y Riesgo, que ha leído ayer su discurso de ingreso en la Real Academia de Medicina. El doctor Mouriz es madrileño e hijo de humildísimos padres. Con grandes esfuerzos, por la escasez de recursos, cursó la carrera de Farmacia, llevado de su afición a las ciencias naturales y médicas. Discípulo de Carracido, consiguió, al terminar brillantemente su carrera, ser pensionado a Alemania, donde trabajó con el doctor Ehrlich el curso de 1912 a 1913. También colaboró con otros profesores alemanes, entre ellos con Adderhalden. Al volver a España ocupó la plaza de la sección sueroterapéutica del Instituto de Alfonso XIII. Desempeñó diversas actividades sanitarias oficiales y fue jefe químico del Laboratorio del Material de Ingenieros Militares. Allí obtuvo la plaza de director del Laboratorio Central de la Diputación de Madrid. Es numerosísima la lista de sus publicaciones, muchas de las cuales han sido traducidas al alemán».

de su mujer y de sus hijas. A través de ellas, yo del cristianismo no he recibido más que beneficios”.

Pocos meses después, la prensa comunicaba que el Dr. Mouriz se retiraba de la política y que había renunciado, por tanto, a su acta de diputado socialista por Madrid.

Unos meses más tarde, murió el Dr. Mouriz. El Director de *El Debate*, que lo había perdido de vista, al leer la noticia, fue inmediatamente a la casa mortuoria. En un humilde féretro estaba el cadáver del Dr. Mouriz, vestido con el hábito de San Francisco y con un gran crucifijo en las manos.

La viuda del Dr., que estaba llorando junto al cadáver, se levantó e indicó al Director de *El Debate* que la siguiera. En la próxima habitación, cogió con emoción las manos del Director y le dijo: “No sabe Vd. el bien que Vds. han hecho a mi marido. Aquella fotografía fue una crisis espiritual en la historia de su alma. No ha sido ciertamente la intervención de Vds. la que atrajo a mi marido al conocimiento de Jesucristo. Otras influencias, entre otras la de algún religioso eminente, gran amigo suyo, han cooperado también. Pero Vds. han influido poderosísimamente en su conversión. Mi marido, apartado de la política, se había vuelto de veras a Dios. Hace tiempo que hizo una confesión general de toda su vida. Él mismo ha pedido todos los sacramentos, que ha recibido con plena lucidez y con gran emoción. Nunca les pagaré a Vds. el bien que le hicieron...».

Este texto narrativo fue redactado personalmente, lo he indicado antes, por Ángel Herrera como apéndice de un texto sobre la prensa católica destinado a la Escuela de Periodismo de *El Debate*. No tiene fecha el documento, que se conserva en el Archivo del Cardenal Herrera Oria⁶⁶.

⁶⁶ CARD. ÁNGEL HERRERA ORIA, *Obras completas*, vol. V, pp. 301-303, BAC 650, Madrid 2004.

Capítulo 17

SALVADOR GONZÁLEZ ANAYA, ACADÉMICO DE LA ESPAÑOLA

Lo consignó Juan Antonio Rando González, Director de Radio Nacional de España en Málaga. Es otro caso de recuperación de fieles, creyentes, pero alejados. Fue publicado primeramente en *Gibraltar*, número 6, Málaga 1956, pp. 189-190⁶⁷.

«Vivió González Anaya sus últimos años en paz, pero con la inquietud del creyente que ve acercarse el fin sin estar preparado para él. Fuimos visitantes asiduos suyos durante los últimos años y podemos asegurar que tenía una enorme inquietud religiosa. Era creyente, pero no practicante, durante muchísimos años, y estaba alejado de la Iglesia, más que por obra y convencimiento, por respeto humano y otras vicisitudes de orden muy íntimo. Enfermo de gravedad, ingresó en una clínica. Como su estado inspiraba serios cuidados, se pensó en la mejor forma de que el enfermo pudiera reconciliarse con la Iglesia. A este respecto vamos a reseñar lo que refiere el Dr. García Herrera:

Surge una piadosa mentira, que pudiera servir de coyuntura, al decirle a D. Salvador que el Ilmo. Obispo de Málaga, D. Ángel Herrera, había manifestado deseos de visitarlo, interesándose por su salud, al igual que tantas otras autoridades y amigos. (El Sr. Obispo de Málaga, por prescripción facultativa, guarda reposo absoluto hace meses).

Su primera reacción fue una rotunda negativa. Calló el amigo y no insistió en la súplica. Bien se daba cuenta cómo en aquellos momentos el sujeto se debatía con los espectros de sus recuerdos y cómo aún ganaba la partida el hombre resentido, del que podía decirse (como D. Felipe Sassone escribió en reciente y emotivo artículo sobre el maestro Benavente) “que gustó el deleite de todos los aromas, pero también el dolor de todas las espinas”.

⁶⁷ Tomo la relación de la obra coordinada por Elías de Mateo Avilés, *La vida y la obra del Cardenal Herrera Oria*, pp. 179-180, Málaga 2006.

Y fue cuestión de minutos. Aquel entrecejo fruncido y el ademán irritado cedieron mansamente al estrechar la mano del amigo con esta interrogante:

- ¿Vendrá como amigo o vendrá como Obispo?
- Como amigo vendrá, ya que lo es y excelente de Vd., mas le será difícil desprenderse de su episcopal condición.
- Entonces... no podré recibirlo.
- ¿Por qué?
- Porque perdí la fe hace ya tiempo.
- ¿Es que no cree Vd. en Dios?
- Jamás dudé de su existencia.
- ¿Y en Jesucristo?
- Nunca tuve la menor vacilación en creerlo Hijo de Dios.
- Entonces, ¿qué fe es la que dice haber perdido?

A los diez minutos, la caridad del doctor Herrera Oria se manifestaba, abandonando su reposo y acudiendo junto al enfermo, que con todo fervor recibió los auxilios de la Santa Madre Iglesia.

Testigo presencial de los hechos relatados, creo honrar su memoria al relatarlos. Todavía más. Al día siguiente, al hacerle mi visita matutina, me recibió sonriente y acogedor y apenas me dejó preguntarle por su estado, pues enseguida me dijo lleno de alborozo:

— Ya sabe Vd. que ayer vino a verme el Obispo y pasó lo que tenía que pasar. Me confesó, recibí los Santos Óleos y santifiqué mi situación con el matrimonio sacramental. Nada de ello tiene de extraño. Yo siempre fui creyente, y si mucho tiempo estuve frío y distante de la Iglesia, nunca en mi fuero interno dejé de creer... Ahora que tengo mis cosas arregladas, que estoy dentro de la ley, es cuando creo que no voy a morirme. Quisiera que así fuese, para poder rectificar algunos grandes errores de mi vida.

Hasta aquí el relato del médico de cabecera del ilustre escritor fallecido. Por nuestra parte, fechas antes habíamos escuchado de labios del Prelado de Málaga un relato igual al anterior. El Dr. Herrera Oria demostró su emoción por el fervor del enfermo y nos dijo que lo había recibido, al entrar en el cuarto, diciéndole: “Creo en Dios Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra”».

Capítulo 18

«ESTUVE EN LA CÁRCEL Y ME VISITASTEIS»

A su regreso de Suiza, ya sacerdote, Ángel Herrera se incardinó en su diócesis de origen, Santander. Y el Obispo lo destinó a la parroquia de santa Lucía, como simple coadjutor. Entre los ministerios que desempeñó destacan el de la predicación y el confesionario. Pero atendió con singular preferencia callada a un tercer ministerio: el de las cárceles.

Ángel Herrera visitaba «a los presos. Todas las semanas, los jueves iba a la cárcel para hablar con las monjas que dirigían la cárcel: hablar con ellas y a través de ellas entrevistarse con los presos. Y aquí surgió una anécdota que yo creo que es importante que la tengan presente».

«D. Ángel Herrera se enteró, por información de las monjas, que había un preso muy recalcitrante, que no quería saber nada, nada de la vida cristiana y la vida eterna, nada. Se lo dijo a D. Ángel y D. Ángel entonces con toda claridad contestó: ¿No tendrá Vd. alguna estampa o algo que me pueda Vd. dejar para hablar con él?

La Madre consiguió una estampa de la Virgen del pueblo de este preso sentenciado a muerte. Y cuando D. Ángel Herrera, después de llamarlo la Madre, abrió la puerta de la celda, él vino con fuerza diciendo que no quería hacer nada y mucho menos confesar. Y cuando D. Ángel sacó la estampa de la Virgen de su pueblo, que la Madre consiguió, el preso exclamó: “¡Mi madre!; ¡Si es la Virgen de mi pueblo!”. D. Ángel entonces le dijo: “¿Sabes lo que quiere la Virgen de tu pueblo? Que te confieses y que comulgues y vamos a ver si podemos salvarte”. Al día siguiente fue ejecutado. Pero confesó y comulgó... D. Ángel tuvo siempre un gran amor a los necesitados: presos y pobres. A todos»⁶⁸.

En 1960 D. Ángel, Obispo de Málaga, recordó en un solemne Vía Crucis este ministerio, con palabras que confirman lo anterior.

⁶⁸ Testimonio de José María Eguaras en *La vida y obra del Cardenal Herrera Oria*, pp. 157-158, Málaga 2006.

«¡Oh!, cuántas veces he visto yo en las propias prisiones, en los hombres condenados al último suplicio, por las Verónicas religiosas que les han cuidado, volver en el último momento a Dios nuestro Señor, reconociendo que todo es verdad, que hay un cielo y un infierno, que hay una religión, puesto que existe un amor y el amor está representado en las monjas que cuidan aquellas cárceles»⁶⁹.

⁶⁹ *Vía crucis*, 15 de abril de 1960: en *OC*, vol. VIII, p 101.

Capítulo 19

EL ROSARIO, DE NUEVO, ESTA VEZ COMO PRUEBA

Lo cuenta José María Gil Robles⁷⁰.

«En Viena nos ocurrió un curioso incidente, que pudo tener para nosotros consecuencias lamentables. Entramos en unos grandes almacenes a comprar algunas chucherías para familiares y amigos, y pronto pudimos observar que se nos miraba con profundo recelo. Al preguntarnos la empleada de la caja adónde habrían de enviar los paquetes y dar nosotros el nombre del Gran Hotel, nos vimos al instante rodeados de gente que nos increpaba con ira. Al oír que se nos llamaba *sucios judíos*, caímos en la cuenta de lo que ocurría. En el mismo hotel se alojaban casi todos los afiliados de una organización pro-sionista, que celebraba entonces en Viena una especie de congreso internacional. Era muy vivo el antisemitismo en aquella pobre Austria, tan suicidamente maltratada por los vencedores de la primera Guerra Mundial. Al considerarnos miembros de la malhadada reunión, los vendedores lo mismo que los clientes se negaban a aceptar una sola explicación. Por fortuna, a Herrera se le ocurrió sacar el rosario que llevaba siempre en uno de los bolsillos del chaleco. La tormenta se deshizo en una serie de sonrisas y de amables disculpas».

Se ha dicho con frecuencia que León XIII fue el Papa preferido de Ángel Herrera. Hay en esta constatación mucho de verdad, pero conviene precisar el arco total de esa preferencia. Porque para Ángel Herrera, León XIII fue el Papa de la *Rerum novarum* y de la *Inmortale Dei*. Pero también y con igual intensidad fue el Papa de las numerosas -nueve- encíclicas y de las cartas apostólicas, que dedicó a la práctica del santo Rosario y a la capital devoción a la Santísima Virgen. La nota mariana constituyó un epígrafe sustantivo en la vida toda de Ángel Herrera desde su niñez hasta su muerte.

⁷⁰ En su obra *La fe a través de mi vida*, p. 75, Bilbao 1976. Texto reproducido en C, pp. 131-132.

Capítulo 20

HOSPITALIDAD

Ramón Prieto Bancos (1889-1972), catedrático de Historia del Derecho sucesivamente en las universidades de Murcia, Salamanca, Oviedo, Santiago y de nuevo Oviedo, fue Ministro de Instrucción Pública del 3 de abril al 8 de mayo de 1935, con el Gobierno de Alejandro Lerroux. Tuvo que salir, para salvar su vida, del Madrid republicano en septiembre de 1936. Exiliado y sin medios, Ángel Herrera supo de su situación. No le conocía personalmente, pero sin duda tendría buena información, y positiva, sobre la persona del exiliado. Desde Friburgo don Ángel le envió la carta, que reproduzco íntegra por su valor indicativo⁷¹.

«26-IX-936

Mi distinguido amigo:

Permítame Vd. que le dé este nombre, aunque no tengo el gusto de conocerle personalmente. Existe una verdadera amistad natural entre los compatriotas que se encuentran en el extranjero, cuyos lazos se estrechan cuando la común desgracia les aflige. De Vd. me ha hablado, además, benévolamente nuestro querido Paco Luis, cuya suerte me preocupa sobremanera. Dios le tenga.

El P. Superior del *Albertinum* me ha leído su carta, y después de haber deliberado juntos sobre ella, en nombre de los dos le pongo a Vd. estas líneas.

Cuente Vd. con nosotros para todo. Yo hablaré con el Director de Enseñanza y le diré a Vd. lo que él me diga. Malos tiempos corren para crear nuevas cátedras. La crisis económica es aquí, como en la mayoría de los países, muy aguda. La Universidad está de economías y dicen que piensa en suprimir algunas enseñanzas. El cambio ahuyenta a los alumnos extranjeros, y es esta otra razón que agrava la situación económica de la Universidad. Pero no por eso hemos de desistir de nuestra

⁷¹ Se halla copia manuscrita de esta carta en el Archivo del Card. Herrera Oria, Sección de Correspondencia.

determinación. Haré lo que pueda, y pronto sabrá Vd. el resultado de mis amistosas gestiones.

¿No será más fácil organizar unas conferencias?

Otra cosa quiero decirle. Vivo aquí, con otros dos españoles y un portugués, dedicado a los estudios eclesiásticos, con propósito de ordenarme dentro de tres o cuatro años. Hacemos vida independiente de comunidad, en un edificio anejo al Convict. Albertinum. Sepa Vd. –de corazón se lo digo– que aquí tiene mesa y habitación. Vd. haría su vida independiente. Friburgo, como Vd. sabe, es pintoresco y tranquilo; y la Biblioteca cantonal es buena y está muy bien organizada. Dudo que en ningún otro sitio se encontrará Vd. mejor que aquí. Me daría Vd. una alegría si aceptara mi ofrecimiento, que es tan modesto como sincero.

Téngame por un verdadero amigo, que aquí queda a su mandar.

Ángel Herrera».

Capítulo 21

EL AMOR A LA POBREZA

Le toca el turno esta vez a Vicente Gállego Castro, fundador y primer Director del diario *Ya*; y más tarde creador de una excelente revista de información internacional titulada *Mundo*⁷².

«Vivió (Ángel Herrera) siempre en pobreza, sin permitirse ningún regalo. En el primer año de su episcopado, en tiempos en que escaseaban algunos alimentos, se sentó a comer, y al mirar lo que le servían, preguntó si los pobres de Málaga comían carne. Le contestaron que no. “Pues no me la pongan a mí mientras no haya para todos”, replicó. Le ocultaban los precios de los alimentos que le servían, para que no los rechazara. Distribuía entre los necesitados sus ingresos especiales de Obispo... Vivió siempre con rigor, austeridad y transparencia».

Confirma este testimonio Gil Robles. Era Ángel Herrera «un hombre íntimamente unido a Dios, entregado por completo a un ideal y desprendido en absoluto de este mundo, aunque sin exhibiciones ni alardes efec-tistas... con un espíritu de mortificación y penitencia que tuve oportunidad de comprobar personalmente más de una vez en nuestros frecuentes viajes por Europa»⁷³.

Uno de sus hombres de confianza, el sacerdote don Francisco Echamendi, atestigua que don Ángel «vivió en pobreza, en desprendimiento y en generosidad»; y añade que muchas de las becas de las instituciones universitarias creadas por aquel «o bien salieron del bolsillo de don Ángel, o de las gestiones hechas personalísimamente por él»⁷⁴.

Otro de los sacerdotes que más trabajaron con el Obispo de Málaga, don Manuel de los Ríos, declara que «don Ángel nunca tuvo un duro, aunque jamás le faltó una peseta para lo chico y para lo grande. No admitía lujos». En materia de ropa personal había que acudir, para que aceptara lo nuevo, al

⁷² C, pp. 126.128. Cf., etiam 385-386.

⁷³ *Ibíd.*, pp. 130-131.

⁷⁴ *Ibíd.*, p. 239.

consabido expediente de un supuesto regalo o a la época de rebajas propia de los sistemas comerciales⁷⁵. «No había modo de comprarle ropa»⁷⁶.

Al venir a Málaga disponía de unas 400.000 pesetas donadas en casi su totalidad por la generosidad de sus paisanos de Santander. Las empleó en equipar la residencia sacerdotal de la Escuela Social, que fundó en enero de 1948. Al morir dejó una cuenta corriente de 100.000 pesetas, una quinta parte de las cuales correspondía a los derechos de autor que la BAC le había remitido poco antes del fallecimiento de don Ángel⁷⁷.

«Cuando un redactor, un empleado o un obrero caía enfermo, el Director acudía a visitarlo y le ayudaba en lo que fuera preciso. Costeó carreras a empleados, sin que ellos se enteraran de la mano generosa que les favorecía»⁷⁸.

Huelga el señalar la austeridad de vida que caracterizó la vida de don Ángel, ya que la austeridad está vinculada como fuente y como efecto al santo espíritu de pobreza.

«Vida interior y riqueza no se compadecen... Repetía la advertencia de Ángel Ayala sobre el peligro de relajación por la falta de espíritu de pobreza y por la ambición de poder... Tenía don Ángel otra frase, paralela a la de la riqueza, sobre el consumismo: que vida interior y regalo, virtudes y confort, tampoco pueden compatibilizarse»⁷⁹.

«Tenía don Ángel (en Málaga) un automóvil con matrícula de Melilla, con lo cual no tenía que pagar importación a Hacienda. Cuando supo que se trataba de una excepción, mandó enterarse de cuánto había que pagar ordinariamente y pagó a Hacienda. De ningún modo consentía en ser una excepción a las normas establecidas»⁸⁰.

Es este un dato de significación polivalente en materia de virtudes y de ejemplaridad. Por un lado, la pobreza; por otro, la obediencia a la ley; y finalmente, de consecuente coherencia práctica. Porque don Ángel

⁷⁵ C, p. 225. Cf., también p. 290.

⁷⁶ *Ibíd.*, pp. 306-307.

⁷⁷ *Ibíd.*, pp. 225 y 239.

⁷⁸ *Ibíd.*, p. 128.

⁷⁹ *Ibíd.*, p. 313.

⁸⁰ *Escuela Rural*, noviembre 1968, p. 6.

siempre predicó el deber de pagar los impuestos, deber que consideraba de obligatoria vinculación moral.

«Siendo Obispo de Málaga, fue en una ocasión al Valle de los Caídos. Como es sabido, a la entrada hay que pagar. El conductor del automóvil se bajó y explicó al portero que se trataba del Obispo de Málaga. Entonces el portero se excusó y dejaba el paso libre, cuando Monseñor Herrera, asomando la cabeza por la ventanilla del coche, dijo: “De ninguna manera. Haz el favor de pagar la entrada como todo el mundo”»⁸¹.

⁸¹ *Ibíd.*

Capítulo 22

EN VUELO DE ALTURA DEL ESPÍRITU

No cabe eludir este capítulo, que contiene materia capital en la biografía interior de don Ángel. Me refiero a las alturas de su vida interior. Territorio de no fácil recorrido, pero en el cual algo pueden intuir los conocedores de sus maravillosos senderos, llanuras, valles, cimas y desfiladeros.

El Card. Vicente Enrique Tarancón recuerda que, siendo él sacerdote y estando en Madrid en la Casa del Consiliario, «iba a su casa (de don Ángel) de la Gran Vía para decirle Misa, y en una ocasión, en que llegué con una hora de antelación, me lo encontré ensimismado haciendo oración»⁸².

No son pocos los testimonios concordantes sobre la intensa vida de oración de don Ángel.

Don Emilio Benavent, Obispo, primero auxiliar y después coadjutor de don Ángel en Málaga, recuerda, en conversación con García Escudero, que aquél «tenía una rodilla enferma por el tiempo que pasaba rezando arrodillado. Incluso había alcanzado un grado de religiosidad que ya no era ascética, sino mística. Hablaba con el Señor en el sagrario como ahora estamos hablando usted y yo. Había descubierto por experiencia personal la importancia de la mística en san Ignacio y siempre que hablaba de él, ponderaba esa dimensión de su espiritualidad»⁸³.

En la homilía que pronunció en el funeral celebrado ante los restos mortales del Cardenal Herrera, Mons. Benavent reiteró que en la vida de oración el Obispo fallecido «llegó a alcanzar la más alta intimidad y unión con el Señor»⁸⁴.

Por su parte, don Ángel Berna consigna que por el espíritu religioso que tenía, don Ángel «se extasiaba en la oración. Después de decir misa se trasfiguraba». Y comenta que «tenía un estilo de vida verdaderamente monástico»⁸⁵. Testimonio coincidente con el de don Francisco Echamendi:

⁸² Cf. C, p. 257.

⁸³ *Ibíd.*, pp. 186-187.

⁸⁴ *Ibíd.*, p. 194.

⁸⁵ C, p. 199.

«Siempre pensé de él que había sido como un monje en el mundo; monje, por el largo tiempo dedicado a la oración y al trabajo; en el mundo, por su gran amor al pueblo»⁸⁶.

Ernesto La Orden recuerda que don Ángel «vivía en el mundo, sin ser del mundo. Movido por el patriotismo y la religión, dándonos un ejemplo insuperable para el apostolado seglar en nuestra España»⁸⁷.

El P. Marina, experto en los caminos del Espíritu, precisa que «ese carácter de hombre de Dios era el más profundo, sin duda, de su personalidad»⁸⁸. José Antonio Balbontín, cuya amistad con don Ángel he mencionado anteriormente, le califica como «un místico enamorado de la acción», a la manera de santa Teresa de Jesús⁸⁹.

Dos anécdotas confirmatorias.

Federico Mayo, Director general del Instituto de Crédito para la Reconstrucción, pernoctó un día por invitación de don Ángel en el Palacio episcopal de Málaga. «A primerísima hora de la mañana –de noche aún– salió de su cuarto y fue a la capilla. Al pie del altar, el Obispo, que indudablemente había pasado allí largo tiempo de rodillas, quizá la noche entera, vestido dormía reclinado sobre las gradas»⁹⁰.

Nada tiene de extraño que don Manuel Díez de los Ríos intuyera que don Ángel «volaba muy alto, y tal vez muchos de entre nosotros no supieron comprender ni captar la sintonía de su vuelo»⁹¹.

Dentro de este capítulo, aporto un testimonio personal, recibido directamente por mí, de José María Sánchez de Muniáin. Era un domingo del mes de mayo de 1968. No puedo precisar el día. Poco antes del fallecimiento de don Ángel.

Muniáin estaba ese domingo en su finca de El Paular. A las 5 de la tarde recibe una llamada telefónica de don Ángel, quien le ruega que vaya a verle inmediatamente, si le es posible, al Instituto León XIII, a su habitación de enfermo agravado. Muniáin, como es natural, acudió inmediatamente.

⁸⁶ *Ibíd.*, p. 238.

⁸⁷ *Ibíd.*, p. 347.

⁸⁸ *Ibíd.*, p. 363.

⁸⁹ Véase el artículo citado en la nota 58.

⁹⁰ *C*, p. 221.

⁹¹ *Ibíd.*, p. 226.

El lunes siguiente, en su despacho de la BAC, Muniáin me lo contó con todo detalle. Comprendió el sentido de la llamada urgente de don Ángel. Este se sentía solo, en soledad profunda. Necesitaba la presencia del amigo íntimo y fiel. Considerando yo esta petición de don Ángel, coincidía con Muniáin en la interpretación de la llamada. Cuando se acerca la hora de la llamada última, no es infrecuente que el Señor depure el corazón de sus siervos ahondando el clima interior de una soledad y abandono profundos, como última prueba para el visado de la bienaventuranza eterna. Recordábamos, y yo sigo recordando, los casos ejemplares de San Juan de Ávila en Montilla, de santa Teresa de Jesús en Alba de Tormes, y de santa Teresa del Niño Jesús en su Carmelo de Lisieux.

Capítulo 23

DOS MAGNAS FUENTES DE LA ESPIRITUALIDAD DE ÁNGEL HERRERA

En inmediata conexión con el tema precedente, don Emilio Benavent ha consignado que Ángel Herrera «estaba educado en la tradición ascética ignaciana». Y también en la carmelitana: conocía a fondo a santa Teresa, la gran Doctora mística de la Iglesia. «Tenía las obras de la Santa subrayadas como nadie se lo podía imaginar. Yo creo que se las sabía de memoria ya en su época de seglar; pero su fondo era ignaciano»⁹². Citaba con frecuencia pasajes de la gran Santa abulense, de memoria, en sus retiros, homilías y sermones. Y los comentó, no pocas veces, en los guiones homiléticos, que escribió para *La Palabra de Cristo*.

«La huella de san Ignacio en Herrera –consigna el P. Marina– ha sido tan profunda, que muy pocos le habrán aventajado en el conocimiento teórico y en el ejercicio práctico de la espiritualidad ignaciana»⁹³.

Lo mismo afirma su secretario particular durante varios lustros don José María Eguaras:

«En su fuente de espiritualidad era muy ignaciano con la oración mental y los exámenes de conciencia (era hombre de oración), la lectura y la que él llamaba la mortificación del momento presente. Era también muy carmelitano: se alimentaba en las obras de Santa Teresa y de san Juan de la Cruz, que tenía llenas de subrayados; otras, decía, no le daban satisfacción»⁹⁴.

En sus *Recuerdos*, Eguaras afirma con conocimiento de causa: «¡Qué gran comentario de los Ejercicios podría haber escrito don Ángel, si se lo hubiera propuesto!».

⁹² C, pp. 186 y 190.

⁹³ *Ibíd.*, p. 364. Cf., etiam 372.

⁹⁴ *Ibíd.*, p. 247.

Como prueba de esta significativa confluencia de fuentes cabe señalar dos datos de inmediata comprobación.

Primero, el recuento de los numerosos y preclaros maestros espirituales de la Compañía de Jesús, que desde la fundación de la Asociación Católica de Propagandistas dirigieron los Ejercicios espirituales, practicados anualmente por los propagandistas en el santuario de Loyola, y a los cuales asistía Ángel Herrera hasta su marcha en 1936 a Friburgo de Suiza⁹⁵.

Segundo, el conocimiento exhaustivo de la arquitectura y del curso de los Ejercicios ignacianos. Podría haber hecho un excelente comentario de los mismos. No lo hizo, pero sí expuso con notorio dominio explicativo las piezas fundamentales de los mismos⁹⁶.

Al ponderar en 1935 el valor de los Ejercicios, advirtió –hablaba sin duda por experiencia– que «la reglas de discreción de espíritus son una pieza incomparable de la mística cristiana»⁹⁷.

En otra ocasión subrayó con calculada insistencia que «el misticismo no es principio infecundo, ni quietismo, sino fuente de actividades, manantial de heroísmos, maestro de las grandes virtudes. Nuestros místicos fueron hombres de actividad extraordinaria»⁹⁸.

⁹⁵ Recojo en apretado catálogo, que tengo documentalmente controlado, algunos de sus nombres: Nicolás de la Torre, Mariano Ayala, Florentino Ogara, Sisinio Nevares, Antonio Astrain, Luis Herrera Oria, Ignacio Errandonea, Antonio Encinas, Andrés Arístegui, Antonino Oraá, Nemesio Otaño, Luis Izaga, Fernando Gutiérrez del Olmo, Isacio Morán, José Nemesio Güenechea, José Antonio Laburu, Quintín Castañar, Manuel M. Vergés, Felipe Alonso Bárcena, Ramón Ruiz Amado y Ulpiano López.

⁹⁶ Agrupo en sucinta enumeración algunos de esos comentarios publicados en *La Palabra de Cristo*. Principio y fundamento (P 7, 353 y ss.; 6, 665-683); la contemplación del rey temporal (P 3, 518.526); la meditación de las dos banderas (P 3, 519.527); la contemplación para alcanzar amor (P 7, 355. 791); los tres binarios (P 3, 528; 5, 1073); los tres grados de humildad (P 3, 528); los tres tiempos para hacer sana elección (P 1, 346 y ss.; 9, 214 y ss.; 6, 683); las reglas para ordenarse en el ministerio de dar limosnas (P 1, 227); las reglas para discreción de espíritus (P 3, 529; 5, 192); la técnica de la aplicación de los sentidos (P 9, 91 y ss.). Analizó los Ejercicios en su conjunto (P 6, 1108 y ss.). Y ensalzó la capacidad de los Ejercicios ignacianos para formar y mantener en vigor a los hombres de carácter (P 2, 856).

⁹⁷ Discurso en las Jornadas de Acción Católica celebradas en Montserrat el 19 de abril de 1935, como parte de la Campaña nacional «Pro Ecclesia et Patria»: cf. *OC*, vol. VI, p. 76.

⁹⁸ *OC*, vol. V, p. 126.

Capítulo 24

VALENTÍA

Este es el testimonio de un sencillo y grande empleado de La Editorial Católica, a quien tuve la dicha de conocer personalmente. Uno de los muchos que en *El Debate*, primero, y luego en el *Ya*, vivieron y trabajaron con una ejemplar y total dedicación a la empresa. Identificados con ella. Es este un punto de identificación empresarial, que deberán considerar con especial atención los futuros historiadores de la hoy, por desgracia, extinta EDICA.

Hablo de José Henche Martínez, quien se incorporó en 1925 a *El Debate* y se jubiló en 1972 –casi cincuenta años– y daba gracias a Dios por haberle tomado de la mano para conducirlo hasta Herrera⁹⁹.

Primer recuerdo. A los pocos meses de proclamada la segunda República.

«Cuando se declaró en Madrid una huelga y sólo se publicaron dos periódicos: *ABC* y *El Debate*, para salvar nuestras vidas don Francisco Herrera [Consejero de Administración entonces] ordenó que no saliéramos de la Editorial, que entonces estaba en Alfonso XI, 4, y durante una semana así lo hicimos: dormíamos en los sillones del periódico y comíamos al lado, en el restaurante Jai-Alai. Un día, en que por razón de mi cargo en circulación bajé a los talleres a las cuatro de la madrugada, para ver cómo iba el cierre y ayudar en la distribución, estaba allí don Ángel y al verme, me preguntó: “Chiquito (yo tendría unos veintidós años), ¿te querrías venir conmigo a vender *El Debate* en Carabanchel?”. “Con mucho gusto”. Cargamos una furgoneta con ejemplares del periódico y a Carabanchel Alto nos fuimos a vocear el periódico en la plaza Mayor, y vendimos todos los ejemplares y no pasó nada».

⁹⁹ C, p. 321.

Segundo recuerdo.

«Conservo algún recuerdo más, aunque borroso. Es de los años 26 o 27. Estábamos entonces en Colegiata, 7, y un día se presentó allí una manifestación izquierdista pidiendo la cabeza de don Ángel. Don Ángel bajó la escalera muy tranquilo, les dirigió la palabra y los calmó. Fue un acto de auténtica valentía»¹⁰⁰.

Cuando la revolución del 34 y los intentos en Madrid, fracasados, de la huelga revolucionaria preparada por el partido socialista, cuenta Alfredo López que tuvo que hacer guardia en los locales de *El Debate*, Alfonso XI, «con un pistolón que pusieron en mis manos». Ángel Herrera no estaba ya en el periódico. Dirigía la Acción Católica española¹⁰¹.

¹⁰⁰ *Ibíd.*, p. 322.

¹⁰¹ *Ibíd.*, p. 355.

Capítulo 25

CUATRO TESTIMONIOS CUALIFICADOS Y UNO DE EXCEPCIÓN

El P. Manuel Marina, de la Compañía de Jesús, tras ganar la oposición a la judicatura, pasó, siendo ya miembro de la ACdP, a la redacción de *El Debate* como editorialista. Ingresó después en la Compañía de Jesús, dentro de la cual fue dos veces Provincial y superior de varias Residencias, amén de fundador de la revista *Fomento Social*.

Dice lo siguiente: «Entre los mayores beneficios que de Dios he recibido está el de haber sido amigo y colaborador de Ángel Herrera». Le tuvo como el seglar más perfecto que había conocido, el hombre de Dios que salió a su encuentro para hacerle bien, como a tantos otros. Para el P. Marina ese carácter de hombre de Dios era el más profundo, sin duda, de la personalidad de Herrera. Sin él no se explican ni su manera de ser ni su obra. Sin embargo, concluye, quizá no ha sido todavía bastante ponderado¹⁰².

En noviembre de 1934, Ángel Herrera fue invitado como Presidente de la Junta Central de la Acción Católica española a dar una serie de conferencias en Portugal. Se programaron seis intervenciones. Se convirtieron en trece. Pues bien, dos obispos lusitanos hablaron de Herrera.

El 11 de noviembre de 1934 el Obispo de Coimbra afirmó que en las épocas de crisis profunda «Dios depara a veces hombres eminentes, que por su fuego arrastran a los demás. Uno de estos es don Ángel Herrera». Por su parte, el Obispo de Mitilene, auxiliar del cardenal patriarca de Lisboa, Dr. González Cerejeira, dijo que Herrera Oria es «un hombre, tan modesto como extraordinario, gran figura de realizador y de pensador»¹⁰³.

A estos dos testimonios episcopales puede añadirse otro, igualmente episcopal, saturado de cierto gracejo entre castizo y evangélico y recordado por Alfredo López.

¹⁰² C, pp. 363-364.

¹⁰³ Cf. *El Debate*, 27 de noviembre de 1934.

«Recuerdo un discurso, que pronunció (Ángel Herrera) en el paraninfo de la Universidad de Salamanca, cuando era obispo don Francisco Frutos Valiente, aquel prelado extraordinario y gran orador... Era hombre de gran corazón y de generosos arranques, y en uno de estos se volvió hacia don Ángel y con aquella gran voz suya tan característica le dijo: “Ángel, Ángel, ¡bendita sea la madre que te parió!”»¹⁰⁴.

Y queda el testimonio que he calificado de excepcional.

El 9 de diciembre de 1934 moría en Madrid José de Medina y Togores. Redactor parlamentario de *El Debate*, miembro del Consejo de Redacción y subdirector del periódico, era diputado a Cortes. Había sido compañero de Herrera en la Universidad de Deusto. Murió Medina víctima de rápida y entonces incurable enfermedad.

En las *Memorias* inéditas que escribió Ernesto La Orden, compañero y amigo íntimo del enfermo, refiere aquel el dato que me sirve para reproducir este testimonio.

«Me tocó el privilegio de hallarme en la alcoba tres días antes de la muerte de Medina, cuando un grupo de amigos presididos por Ángel Herrera, asistimos a la impresionante ceremonia de darle el Santo Viático y la Extremaunción. Allí escuché perfectamente cómo él dijo a don Ángel Herrera entre lágrimas: “Te he seguido de lejos, como he podido, siempre siguiendo tus pasos”».

Estas palabras bastan por sí solas para calibrar el valor del testimonio. Pero el sentido cabal de esta referencia de Medina, moribundo, a don Ángel, su pleno significado, lo expuso días después Fernando Martín Sánchez en las líneas que escribió como homenaje al compañero fallecido.

Medina ante Ángel repetía las palabras que Palacio Valdés pone en boca de uno de sus personajes, el Doctor Angélico, cuando este siente un hondo desconsuelo al «ver cómo se le adelantan en el cortejo de los seguidores de Jesucristo tantas y tantas almas de santos, hasta que al fin, viendo que el Salvador, aunque cada vez más distante, no por eso deja de volver su rostro para animarle e infundirle fuerzas y confianza, prorrumpe en esta magnífica exclamación: “Maestro, te sigo como puedo, pero te sigo”»¹⁰⁵.

¹⁰⁴ C, p. 353.

¹⁰⁵ B, n. 185, 15 de diciembre de 1934, p. 12.

Capítulo 26

DE NUEVO EL ESPÍRITU DE ORACIÓN

En el volumen *El periodismo. Teoría y práctica*, 1960, el entonces Obispo de Málaga redactó un artículo titulado «El director de un periódico», en el que resumió su consolidada y prolongada experiencia como antiguo Director de *El Debate*. Y al concluir su colaboración, habló del director de un periódico católico, trazando unas líneas de probado, aunque sin duda inadvertido, carácter autobiográfico.

«No he hablado de propósito de que el director de un gran diario católico debe ser hombre de oración, para oír las inspiraciones de lo alto, para serenar su propio espíritu, antes de intentar producir en sus lectores un espíritu sereno, donde se reflejen sin deformaciones caricaturescas los acontecimientos de la vida; para infundir un espíritu de benevolencia y de optimismo en las almas; para merecer, en fin, que Dios nuestro Señor, en los intrincados problemas de la vida pública, le asista con el don de consejo allí donde no puede llegar la simple prudencia humana»¹⁰⁶.

Generalizó así el imprescindible asidero interior del que depende la fecundidad del periodismo católico genuino. Alfredo López, que estuvo con don Ángel, primero en la redacción de *El Debate* y luego en la secretaría de la Junta Central de la Acción Católica, confiesa que «personalmente, yo le debo el haberme invitado a entrar por caminos de oración»¹⁰⁷.

Por su parte, Ernesto La Orden manifiesta que cuando en Ejercicios iba a decidir en materia de elección de estado, don Ángel le escribió:

«Ora mucho antes de decidirte y, si no lo tienes, procúrate un buen director espiritual que te aconseje. Pero tu propia oración es lo más importante. Porque este es negocio directo del alma con Dios»¹⁰⁸.

¹⁰⁶ NICOLÁS GONZÁLEZ RUIZ y otros, *El periodismo. Teoría y práctica*, p. 321, Barcelona 1960.

¹⁰⁷ C, p. 358.

¹⁰⁸ *Ibíd.*, p. 344.

Debo incluir aquí un testimonio personal sobre el valor que al retiro y a la soledad daba don Ángel.

«Creía que no se podía ser perfecto editorialista de nuestra empresa (La Editorial Católica), si no se hacían períodos de retiro y reflexión sobre los problemas, en la soledad y descanso de reuniones fuera de programa; “el perfecto editorialista –me decía– tiene que saber distanciarse en ciertos momentos del quehacer diario en que está envuelto”. Me dijo más: “No se puede dirigir una empresa como la nuestra, si el director no reserva para sí ratos de consideración reflexiva y meditación a solas”. Él lo practicó mucho. No hay que agotarse, decía, en el despacho continuado de las cosas»¹⁰⁹.

Del todo concordante con este testimonio personal es el que con su fluido estilo expone don Antonio Montero, Arzobispo emérito de Mérida-Badajoz, en la introducción con que abre las *Obras completas* del Cardenal Ángel Herrera Oria, publicadas por la BAC. Lo reproduzco por su valor a los efectos de la que podríamos llamar capacidad de consejo tanto pastoral como espiritual.

«Con don Ángel, Obispo y Cardenal, tuve la fortuna, a mis treinta y pocos años, de sostener dos o tres conversaciones personales a requerimiento suyo. En una de ellas, me propuso que asumiera las clases de Ética de la Información en la Escuela de Periodismo de la Iglesia, promovida por él en los años sesenta, a la sombra del Instituto León XIII, y que produjo frutos excelentes antes de la creación de la Facultad en la Pontificia de Salamanca. Fui sensible, ¿cómo no?, a la generosidad de la oferta y a su deferencia conmigo. Me halagó, desde luego, la propuesta. Pero andaba yo a la sazón –¿cuándo no fue así?– enredado en más de lo que podía: la dirección de *Ecclesia* y la de PPC, más la enseñanza de Patrología en el Seminario Hispanoamericano.

Le hablé a corazón abierto: “Don Ángel, usted es Obispo y yo sacerdote. Puedo asegurarle que apenas me queda espacio para mi vida personal de oración y de lectura. Con el nuevo compromiso, lo perdería todo”. Le toqué en el punto flaco de Pastor y de Padre. No hubo

¹⁰⁹ *Ibíd.*, p. 312.

una palabra más. “Dedícate –me dijo– a lo esencial de ti mismo y no te derrames demasiado”»¹¹⁰.

Sirven estas palabras, este consejo de un Obispo a un futuro Arzobispo –dedícate a lo esencial de ti mismo– como una prueba más de la estima interior que don Ángel tenía por la primacía de lo sobrenatural vivido con intensidad.

¹¹⁰ Apud CARDENAL ÁNGEL HERRERA ORIA, *Obras completas*, vol. I, pp. XXIII-XXIV, Madrid 2002.

Capítulo 27

EN EL MONASTERIO DE SILOS

En agosto de 1935, Ángel Herrera pasó una semana de retiro en el histórico monasterio benedictino de Santo Domingo de Silos. Era entonces Presidente de la Junta Central de la Acción Católica.

La Crónica del Noviciado recoge algunos datos de esta visita y subraya que el visitante, a quien califica de «coloso» de la acción social, edificó a los monjes «por su espíritu de oración, recogimiento, sencillez y modestia».

Debo advertir que Ángel Herrera, seglar, como Director de *El Debate* y Presidente de los propagandistas había mantenido estrechas y continuadas relaciones con el ejemplar cenobio silense. Con él colaboraron el abad don Luciano Serrano, historiador, y entre otros los Padres Justo Pérez de Urbel, medievalista y hagiógrafo, Rafael Alcocer, director de la Biblioteca PAX editada por La Editorial Católica y mártir en la Guerra Civil, Germán Prado, liturgista insigne, Agustín Rojo, prior, y Sebastián Ruiz.

Durante esta primera estancia, dio dos conferencias a la comunidad. Una, sobre los propagandistas, de los que era todavía Presidente. Y otra sobre la masonería en la España contemporánea. El cronista destaca una magna sentencia de Herrera, que reiteraba sin cesar: «No puede haber hombre de acción sin ser hombre de oración. Quien quiere dar fruto con su acción, debe ser un hombre de gran vida interior».

Trece años más tarde, en agosto de 1948, don Ángel, ya reciente Obispo de Málaga, se acogió de nuevo al fecundo silencio monacal de Silos. Dio a la comunidad una plática espiritual sobre las minorías sacerdotales en la difusión y aplicación de la doctrina social de la Iglesia. De nuevo el cronista oficial recoge el ejemplo y la reiteración. «Este prelado dio ejemplo de piedad y mortificación, inculcando en los recreos, con ejemplos, el aprecio a la vida interior».

Pero el cronista del noviciado consignó un último dato, que, por lo visto, escapó al cronista oficial. Era el 24 de agosto de 1948. Hora, la del recreo tras la comida del mediodía.

«El Sr. Obispo se despidió de todos en el claustro superior, después de comer. Nos dijo sus impresiones recibidas en el monasterio y, después de darnos la bendición y besarle el anillo, nos dio también un gran ejemplo de humildad, pues se postró ante el Abad pidiéndole le diese su bendición, y como el Rvdmo. se la negara, le dijo estas palabras: “Yo se la he dado a Vds.; ahora démela Vd. a mí”. Pero el Padre Abad le tomó del brazo y, levantándole, se fueron»¹¹¹.

¹¹¹ Archivo del Monasterio de Silos: Crónica del Noviciado (del 1.1.1935 al 26.3.1936, fol. 71-73 y 1945-1949, fol. 115-116) y Crónicas, del 20.1 al 20.10 1948. Véase MARIANO PALACIOS GONZÁLEZ, *Glosas Silenses*, XVIII, n. 2, 2007, pp. 138-144.

Capítulo 28

UN EPISODIO NO CONOCIDO

Lo refiere con detalle documentado don Daniel Simón Rey¹¹².

Son tres los sujetos de este singular episodio. El primero y central, la M. Francisca del Niño Jesús, clarisa del convento del Corpus, de Salamanca, muerta en olor de santidad y cuya causa de canonización, como he indicado anteriormente, se halla ya en Roma. Segundo, el P. Luis Herrera Oria, jesuita, hermano de don Ángel y director espiritual de la M. Francisca durante 29 años, desde 1924 a 1953, año del fallecimiento del P. Luis. Y tercero, don Ángel, obispo de Málaga.

Fecha: de fines de 1952 a abril de 1953.

A fines de 1952, muy probablemente en diciembre, la M. Francisca comunica a su director, el P. Luis Herrera, que había recibido una luz especial sobre don Ángel, a quien estimaba sobremanera, y añadía que urgía escribirle dado que el asunto era de suma importancia.

El P. Luis, en carta del 1 de enero de 1953, la autoriza para que ella escriba a don Ángel, pero le pide que le remita a él primero la carta antes de enviársela al Obispo. M. Francisca redacta la epístola, la remite al P. Luis, y éste la envía por medio de un amigo a su hermano, el cual responde a vuelta de correo con la carta que el 10 de enero envía a M. Francisca¹¹³.

¿Qué sucedía? ¿Cuál era el motivo del urgente aviso que había que dar a don Ángel? No hay respuesta personalizada en la correspondencia epistolar disponible. Se trataba desde luego, sin duda, de un grave peligro, de una seria amenaza para don Ángel. Lo declara con discreción el P. Luis en carta a M. Francisca: «Un falso amigo», a quien don Ángel «había rodeado de honores y prestigio» y podía traicionarlo.

Don Ángel pregunta: «Dígame: el amigo ¿es seglar o eclesiástico? ¿Antiguo o reciente? ¿Vive en Madrid o en Málaga? Y lo demás que Dios le comunique»¹¹⁴.

¹¹² Véase su obra *La M. Francisca. Clarisa (1905-1991)*, Salamanca 1994.

¹¹³ *Ibid.*, 87.200.322.

¹¹⁴ *Ibid.*, 201.322.

En una fotografía, que un cierto diario había publicado por aquellos días, aparecía don Ángel rodeado de un grupo de amigos. M. Francisca vio casualmente la foto en el locutorio y en presencia del P. Luis señaló con el dedo la persona que ella juzgaba falso amigo. Cuando don Ángel lo supo, escribió a M. Francisca el 10 de febrero siguiente:

«Entiendo perfectamente lo que me dice y sé a quién se refieren sus palabras, que sin duda son del buen espíritu, por la oportunidad con que llegan y la luz que me dan –afirman y aumentan la que ya tenía– en materia grave. Encomiéndele mucho al Señor y encomiéndeme a mí; encomiende el negocio»¹¹⁵.

A los pocos días, el P. Luis comunica por carta a M. Francisca: «El Sr. Obispo ha entendido de qué se trataba»¹¹⁶.

Merece recogerse este singular episodio por varias razones, de las cuales sólo destaco aquí el dato de que M. Francisca no conocía personalmente a don Ángel, tenía una altísima estima de la santidad de éste, y dado el hondo grado de su vida interior recibía comunicaciones de lo alto, de las que han quedado pruebas numerosas y concluyentes en los testimonios de su proceso.

Al morir en junio de 1953 el P. Luis Herrera, M. Francisca se dirigió durante varios años con don Ángel¹¹⁷.

¹¹⁵ *Ibíd.*, 88. 322.

¹¹⁶ *Ibíd.*, 318.

¹¹⁷ *Ibíd.*, 57.61. «Por lo que se puede colegir por las cartas, sor M^a. Francisca ha recibido de Dios alguna luz o comunicación sobre don Ángel. Y así se lo comunica en carta al P. (Luis) Herrera. Éste le contesta (en carta de 1953): “Hija en el Señor: recibí la suya... Me consuela muchísimo lo que de mi hermano Ángel me comunica: no dudo de que esa luz que Vd. tuvo, fue del Señor, porque lo que entendió de él concuerda perfectamente con la vida que desde niño lleva, consagrada toda y en todo momento a buscar sólo la gloria de Dios y el bien de las almas. Valiendo tantísimo como vale, jamás le he visto hacer ni decir nada por vanidad ni por interés personal. Todo cuanto tiene lo da en limosnas sumamente discretas y ocultas. No se apega a nada, ni a las mismas obras que emprende por la gloria de Dios: dejó *El Debate* que él había fundado y del que fue 25 años director, porque el Sr. Nuncio y los obispos le dijeron que debía ser presidente de la Acción Católica en España; y después dejó la presidencia de la Acción Católica, porque el Sumo Pontífice Pío XI le aconsejó que se hiciera sacerdote. Muchos actos heroicos podría referir a Vd. de que yo he sido testigo o de los que he oído contar a sus amigos. Pida, hija, por él; que Dios se lo pagará... Me dice que juntamente con mi hermano conoció de otras dos personas que eran muy gratas al Señor. Si no hay inconveniente, gustaría saber quiénes son”» (DANIEL SIMÓN REY, *o. c.*, pp. 81-82).

Capítulo 29

LA VIRTUD DE LA LABORIOSIDAD

No puede faltar este singular capítulo de las grandes virtudes en el intento de una biografía interior de Ángel Herrera. Pues aunque el trabajo es manifestación exterior, su raíz, caracteres y motivación vienen dados por la fuente interior impulsora de la laboriosidad.

Para Ángel Herrera el tiempo no era oro. Era eternidad, es decir, servicio a Dios y al hombre. «Tenía por razón de ser de su vida sólo esta: el servicio de Dios y el bien de las almas, y en el orden de la vida pública el servicio de la Iglesia y el bien del pueblo»¹¹⁸. Ofrece siempre el trabajo cauce de sacrificado y cordial despliegue diario de la justicia y sobre todo de la caridad. «Ni tú, ni yo, decía a uno de sus colaboradores en la Acción Católica, somos dueños del dinero que hay en caja, ¿verdad?; pues tampoco somos dueños del tiempo que cada día nos hemos obligado a trabajar»¹¹⁹.

Con un matiz adicional de no leve importancia, Herrera huyó siempre del aplauso y de la ostentación. Trabajó sin buscar recompensas meramente humanas. Lo dio a entender, hablando a los alumnos de la Escuela de Periodismo de *El Debate*: «Aprended otra gran lección: la de trabajar en la oscuridad y en el anonimato, buscando no más la satisfacción del bien cumplido, pues es sabido que Dios tendrá en cuenta hasta la última de vuestras acciones para daros el premio merecido»¹²⁰.

Consecuente con su criterio de que «nada sería más lamentable que la desproporción entre lo que se habla y lo que se hace»¹²¹, «no perdía el tiempo jamás... No era amigo de perder el tiempo», recuerda el obispo Benavent¹²². Cuando viajaba en tren, aprovechaba el tiempo, con algún rasgo de humor distendido, como recuerda Alfredo López:

¹¹⁸ C, p. 142.

¹¹⁹ *Ibíd.*, p. 354.

¹²⁰ *El Debate*, 30 de enero de 1934.

¹²¹ *OC*, vol. VI, p. 86.

¹²² C, pp. 186 y 188.

«Recuerdo un viaje que hice con don Ángel a Sevilla. Íbamos en tercera. No le olvido sentado entre las estrecheces del departamento, que iba abarrotado, pero sin perder su plan de trabajo: siempre muy comedido y erguido, sacaba libros, tomaba notas, completamente absorto en su tarea. En esto apareció un vendedor de papeletas para una rifa. Yo calculé que seguiría absorto, ensimismado en sus cosas. Pues no, señor; interrumpió su trabajo y participó en la rifa. Me pareció un detalle tan humano, que se me quedó grabado»¹²³.

«Tenía su tiempo cronometrado de forma que no se perdiera un solo minuto... Era un avaro del tiempo»¹²⁴. «Era laboriosísimo, muy ordenado y muy exigente. Yo no recuerdo que se tomase nunca vacaciones», confirma Eguaras¹²⁵. «Era como una turbina de potencia arrolladora»¹²⁶. «En sus años de buena salud, fueron del orden de las 30 o 40 cartas diarias las que metía yo en dos portafolios, a dos por apartado, ya que no cabían en el firmador de otra manera», concluye Díez de los Ríos¹²⁷. «Tenía una capacidad de trabajo alucinante»¹²⁸.

Cuando estaba ya recluso en su habitación del León XIII, le dijo a su viejo amigo, el P. Marina –diciembre de 1967–: «No tenemos derecho a jubilarnos; ya nos jubilará el Señor algún día y nos concederá su larga misericordia los derechos pasivos que nos correspondan»¹²⁹.

En varias ocasiones, de palabra y por escrito, he dado a don Ángel la calificación evangélica de misionero. Y con razón. Aquí en este capítulo reside otro de los motivos que justifican el sustantivo. Algo conozco de la vida de algunos grandes misioneros populares, hoy un tanto olvidados, de cuyo trabajo y abnegación gozó la Iglesia en la España del siglo XX.

Pues bien, la entrega al trabajo infatigable, continuo, abnegado, de estos ofrece un perfecto paralelismo con la dedicación de Ángel Herrera a la tarea de misionar en lo social en todo momento y de misionar en lo pastoral desde que recibió el sacramento del Orden, y aun antes durante sus años de apóstol seglar.

¹²³ *Ibíd.*, p. 355.

¹²⁴ *Ibíd.*, p. 404.

¹²⁵ *Ibíd.*, p. 248.

¹²⁶ *Ibíd.*, p. 373.

¹²⁷ *Ibíd.*, p. 224.

¹²⁸ José María de La Torre, en *C*, p. 350.

¹²⁹ *Ibíd.*, p. 368.

Que esos trabajos tuvieran éxito evangélico o resultaran un fracaso pertenece a los designios de la Providencia, a las disposiciones de los pastoreados y también a las limitaciones humanas de todo misionero. Pero la disposición permanente al trabajo y la verificación incesante de tal disposición son prueba, a mi parecer, concluyente de los niveles de perfección que en materia de laboriosidad alcanzó el obispo montañés de la diócesis malagueña.

A esta virtud de la laboriosidad hay que atribuir la entrega de don Ángel al ejercicio de la palabra hablada. Baste un botón de muestra.

Localidad, La Coruña. Año, 1935. Fecha, mes de junio. Ocasión, una ceremonia de imposición de insignias de la Asociación.

«Como de costumbre, se dedicaron los admiradores de don Ángel a ver cómo le mataban. En veinticuatro horas habló cinco veces: en el Teatro Linares Rivas; en *El Ideal Gallego*; en la Sacristía Alta de San Nicolás; en el Círculo extraordinario del Centro, y en el local que llaman de los Tomasinos... Aún le quedó cuerda para asistir en San Jorge a la vigilia que hasta las doce hicimos con la Adoración Nocturna»¹³⁰.

Y lo mismo pasó en su viaje a Portugal en 1934. Se habían programado seis conferencias. Fueron trece los actos en que tuvo que intervenir.

¹³⁰ *Boletín AcdP*, n. 198, 1 de julio de 1935, p. 1.

Capítulo 30

«¿ME PERDONAS, LUIS?»

Entro en otro capítulo de las virtudes. El de la virtud de la humildad, tan decisiva en el campo del espíritu y tan conexas con la excelsa virtud de la obediencia.

Cuenta el hecho Tomás Cerro Corrochano, uno de los grandes colaboradores de don Ángel desde los años treinta hasta el fallecimiento de este, y creador del Instituto Social Obrero en 1933.

«En cierta ocasión le llevó Luis Ortiz un editorial, que al Director (de *El Debate*) no le gustó. Luis Ortiz lo rehizo completamente, de acuerdo con las indicaciones de Herrera. Llamó a un ordenanza y le entregó los dos textos, el antiguo y el nuevo, para que se los llevase al Director. El ordenanza, por un descuido, llevó únicamente el que había sido desechado. El director llamó al redactor y le inculpó severamente por todo lo que consideraba un auténtico desacato. Como es lógico, todo se puso en claro. Entonces don Ángel dijo simple y noblemente al reprendido:

— ¿Me perdonas, Luis?»¹³¹.

Evidentemente, Luis Ortiz perdonó. Era uno de los ejemplares redactores editorialistas de *El Debate*, primero y más tarde, en los años cincuenta, del diario *YA*. En él había pensado don Ángel para director del *YA*, cuando a comienzo de los años 50 pudo sustituirse a Juan José Pradera, que había sido impuesto por el Gobierno¹³².

Es el propio Luis Ortiz quien confirmó el testimonio de Cerro sobre este episodio.

«Un día me reprendió con cierta dureza. Estaba, sin embargo, equivocado. Cuando respetuosamente le hice comprender su error, no sólo se

¹³¹ C, p. 221.

¹³² *Ibíd.*, p. 360.

apresuró a pedirme disculpas, sino que buscó, sin merma de su autoridad, compensarme con cierto halago»¹³³.

«Tenía a mi juicio la gran fortaleza de los humildes», recuerda Manuel García Viñolas¹³⁴.

Huyó siempre de toda vanidad.

«Yo soy testigo –declara Echamendi– de que cuando se le otorgó la Gran Cruz de San Raimundo de Peñafort, sus amigos del León XIII y de La Editorial Católica y la propia Málaga, querían imponérsela en un acto público, y él lo rehuyó. Trabajad siempre –nos decía a los jóvenes– como si fuerais a alcanzar una gran cruz o medalla, pero no las busquéis nunca”. Algo parecido sucedió cuando Málaga le nombró hijo adoptivo y le concedió la medalla de oro de la ciudad. El Ayuntamiento no tuvo oportunidad de celebrar el acto de homenaje que deseaba. Don Ángel murió sin que se presentase ese momento, al que había ido dando largas»¹³⁵.

«Sabía mantenerse –hace constar García Viñolas– oculto a toda vanidad... No le gustaba estar visible, ni ser objeto de comentarios, ni hacerse vivo en apariencias, ni creo que frecuentase el mundo social; y sin embargo, tenía todos los brillos interiores que puede tener un ser humano... Creo que habría que crear otro sistema métrico decimal del que hoy conocemos, para medir la altura humana de aquel hombre»¹³⁶.

«La humildad le caracterizaba... Era más humilde de lo que la gente cree, aunque fuera también tremendamente duro», declaraba uno de los jóvenes santanderinos que trató de por vida, desde los años 40, con notorias discrepancias, a don Ángel. Me refiero a su amigo y benemérito sindicalista Julián Gómez del Castillo¹³⁷.

No estará de más, como cierre de este capítulo de la humildad, recoger lo que don Antonio Montero consigna en el espléndido prólogo de las *Obras completas* de don Ángel, al que me he referido anteriormente.

¹³³ *Ibíd.*, pp. 153-154.

¹³⁴ *C.*, pp. 271 y 273.

¹³⁵ *Ibíd.*, p. 236.

¹³⁶ *Ibíd.*, pp. 276-277.

¹³⁷ *Ibíd.*, p. 281. Cf., etiam, p. 353.

Menciona el Arzobispo emérito de Mérida-Badajoz la carencia de todo atisbo de culto al líder, que con tanta frecuencia serpea en la convivencia humana.

«Herrera periodista, sacerdote, Obispo y Cardenal, era sencillamente *Ángel* en el círculo de las primeras promociones de seguidores suyos, y luego *Don Ángel*, en el lenguaje coloquial de todos los demás. Unos y otros vieron y sintieron en el genial santanderino al líder natural, aun constituyendo ellos un censo impresionante de destacadas personalidades; Ángel o Don Ángel era para todos más, mucho más, que *primus inter pares*, a un tiempo respetado y querido siempre. Creo, con todo, que no se dio en su entorno ni a distancia lo que se llamó después en Europa el “culto a la personalidad”. No lo habría tolerado él por su elevado concepto de la dignidad humana, ni porque jamás siguió el sistema de rodearse de ineptos para modelarlos a su antojo. Más bien fue siempre un cazatalentos y un forjador de líderes, que se alegraba como un niño por los logros y los triunfos de cada uno»¹³⁸.

¹³⁸ OC, vol. I, p. XX.

Capítulo 31

EL DOMINIO DE LA PALABRA

No me refiero al dominio oratorio de la palabra hablada, ni a la excelencia concisa y enérgica de la palabra escrita. Don Ángel las tenía en grado sobresaliente. Me refiero al dominio ascético de la palabra hablada, generalmente coloquial, del dominio ascético de la lengua, en cuanto al juicio sobre personas y situaciones.

«Nunca le oí criticar y mucho menos difamar a nadie», recuerda don José María Guix¹³⁹, primer Director de la Fundación Pablo VI y Obispo emérito de Vich. «A lo más que llegaba era a plantear una interrogante, pero un juicio negativo, jamás»¹⁴⁰. Recuerda Alfonso Osorio que «don Ángel no hablaba nunca mal de nadie»¹⁴¹.

Corroborar estos recuerdos Francisco Echamendi: «En una ocasión me llamó la atención, porque me atreví a emitir en su presencia cierto juicio sobre un obispo; me cortó inmediatamente»¹⁴².

«En todo lo que afectaba a la fama ajena fue sumamente delicado; yo diría que santamente exagerado, incluso con personas que le hacían sufrir»¹⁴³.

«Jamás una polémica agria o destemplada, aunque fuese provocado; jamás una ironía amarga para sus impugnadores, sobre todo si eran católicos»¹⁴⁴.

Nunca contestó Herrera a las duras críticas que con reiteración le dirigió el benemérito canónigo ovetense Maximiliano Arboleya. Como tampoco manifestó sinsabor alguno ante los recelos del Cardenal Gomá,

¹³⁹ D. José María Guix falleció en junio de 2009.

¹⁴⁰ C, p. 307.

¹⁴¹ *Ibíd.*, p. 419.

¹⁴² *Ibíd.*, p. 236.

¹⁴³ *Ibíd.*, p. 313.

¹⁴⁴ *Ibíd.*, p. 363. Cf., 406.

cuando Herrera fue nombrado Presidente de la Junta Central de la Acción Católica por la Junta de Metropolitanos españoles¹⁴⁵.

Puedo añadir un testimonio personal, traído de mis años en la BAC. Cuando en 1963, con motivo del cardenalato concedido a don Ángel, Máximo Cuervo, Director entonces de la BAC, decidió publicar el volumen de *Obras selectas* del recién purpurado, le pidió a este que redactara unas memorias. Don Ángel se negó al principio. Cedió luego a la reconocida insistencia de don Máximo. Y comenzó a escribirlas. «Pero don Ángel no las terminó, porque, según decía, tenía que referirse a personas vivas y en él primaban la condición de sacerdote y el respeto a la intimidad de esas personas»¹⁴⁶.

En más de una ocasión le oí un grave consejo, que es, en realidad, lección grávida de vida en lo natural y en lo evangélico: «Hablar menos, pensar más y orar mucho»¹⁴⁷. Semejante a este consejo es el que dio a José María de la Torre, cuando éste trabajaba con don Ángel en la dirección del Colegio Mayor Pío XII: «Nunca firmes una carta sin leerla cuatro veces, ni un documento sin pedir consejo a las personas de tu equipo con mejor criterio»¹⁴⁸.

Sobre el dominio de la lengua y su respeto a la fama ajena, don Ángel fue en ello también discípulo de san Agustín. Lo prueba la referencia que hizo a este propósito en un retiro que dio al clero de su Diócesis, cuya fecha no he podido determinar. Lo reproduzco a continuación.

«San Agustín tenía su mesa y su casa abierta a los peregrinos. Cultivaba la hospitalidad de un modo extraordinario. Y nos cuenta Posidio que eran muchos los que se sentaban diariamente a su mesa. San Agustín no conocía a todos. A veces se sentaron en ella personas indignas. Preferible es, decía el Santo, que se siente a la mesa algún hombre malo que excluir a algún hombre bueno. De ordinario en la mesa de san Agustín se leía o se disputaba.

Sólo una cosa exigía san Agustín a todos sus huéspedes, que en la mesa nadie hablara del ausente. Y “contra esta pestilencia de la

¹⁴⁵ Cf. J. M. GARCÍA ESCUDERO, *De periodista a Cardenal*, pp. 171-177; y DOMINGO BENAVIDES, *Maximiliano Arboleya*, p. 196-200, Madrid 2003.

¹⁴⁶ C, p. 316. En el mismo sentido y en dicha ocasión, véase p. 407.

¹⁴⁷ *Ibíd.*, p. 312.

¹⁴⁸ *Ibíd.*, p. 350.

humana costumbre” (Posidio) él había escrito estos versos, que estaban sobre la mesa:

*Quisquis amat dictis absentium rodere vitam,
Hanc mensam indignam noverit esse sibi.*

“El que gusta de roer la vida del ausente,
sepa que no es digno de sentarse en esta mesa”.

Los invitados guardaban un cuidado extraordinario de no sacar en la mesa conversaciones de tipo denigratorio para persona ausente. Y Posidio refiere este hecho, del cual fue él mismo testigo: Cierta día, algunos coepiscopos, olvidándose del verso, comenzaron a hablar contra un ausente; y san Agustín se conmovió ásperamente, *aspere commutus*, los reprendió y les dijo: O borramos los versos que están ahí escritos, o yo me levanto a media comida y me retiro a mis habitaciones»¹⁴⁹.

¹⁴⁹ CARD. ÁNGEL HERRERA ORIA, *Obras completas*, vol. VIII, p. 425.

Capítulo 32

CONFESIÓN EN PÚBLICO

En tres momentos, distantes en el tiempo, hizo Ángel Herrera, por vía de excepción, sendas manifestaciones autobiográficas de indudable valor. Primero en Madrid, en 1933. Segundo, también en Madrid, ya sacerdote, en 1944. Y tercero, en Málaga, 1965, en la Catedral.

Primer momento, en 1933. Sitio: los locales de La Editorial Católica.

En efecto, el 8 de febrero de 1933, Ángel Herrera comunicó en el salón de actos de EDICA y de *El Debate* su cese en la dirección del periódico, para encargarse de la dirección de la Junta Central de la Acción Católica Española¹⁵⁰. Habló entonces del ideario de *El Debate* e hizo en público, cosa extraña en él, algunas manifestaciones autobiográficas, que deben recogerse en este intento de biografía de su espíritu.

Habían transcurrido veintiún años desde noviembre de 1911.

«Hemos sido en veintiún años, día por día, un instrumento de unión y de concordia, jamás un órgano de división ni de lucha intestina. No me remuerde la conciencia de haber escrito un solo artículo contra los que piensan, en lo sustancial, como nosotros. Creo, salvadas siempre las intenciones, que más de una vez hemos sido combatidos injustamente por los afines. Por sistema, rehuimos la réplica, a no ser en las contadísimas ocasiones en que nuestro silencio hubiera contribuido a aumentar el escándalo. Política de silencio, que no era altivo desprecio del adversario, sino fidelidad a normas morales; y consideración del estrago que producía en las almas sencillas el espectáculo lamentable de agrias contiendas entre órganos de opinión para ellas venerados. Prueba lo que digo el que con esos escritores de nosotros discrepantes vivimos siempre en excelentes relaciones personales»¹⁵¹.

¹⁵⁰ Ángel Herrera fue nombrado por la Junta de Metropolitanos españoles en la sesión de los días 3 a 6 de noviembre de 1932. Pero el nombramiento no se publicó hasta el 10 de febrero de 1933. Cf. VICENTE CÁRCEL ORTÍ, *Actas de las Conferencias de los Metropolitanos españoles (1921-1965)*, p. 294, BAC 540, Madrid 1994.

¹⁵¹ OC, vol. V, p. 476.

«Nunca regateé mi concurso a ningún gobernante, cuando sus proyectos eran conducentes al bien común. Nunca fue *El Debate* enemigo sistemático de ningún ministro, como tampoco brindó a ningún hombre público amistad incondicional. Pero mi ánimo estuvo siempre más pronto a la colaboración que a la censura»¹⁵².

«Mi íntima alegría no nace sólo de la conciencia del deber cumplido. Después de realizar uno de esos misteriosos viajes de introspección por las profundidades de mi memoria, descubro en ella y vivo de nuevo las ilusiones de mis veinticuatro años. ¡Ilusiones de entonces, realidades de hoy! Pocas veces le es dado al hombre el ver cumplidos sus sueños ideales. Imaginamos, dijo el poeta latino, moldear un ánfora y obtenemos una tacita. Y cuando la realidad se burla de nuestros altivos pensamientos, por necesidad decae el ánimo, se pierde la confianza en sí mismo, se engendra el escepticismo y se marchita la voluntad. ¡Cuán otra ha sido mi fortuna!»¹⁵³.

Y concluyó este examen de conciencia en público con una última nota autobiográfica:

«Sí; este Dios que, crucificado, nos preside esta noche... ha querido bendecir mis pobres fatigas. Yo salí, a hora de prima, obediente a su voz, a cultivar la parcela de mies que me fue señalada. Yo cavé y regué y esperé confiando en la bendición de lo alto. Mi esperanza no salió vana. Dios, que ve el fondo de los corazones, cubrió mis muchos defectos con el manto de su misericordia. Y no tuvo ojos sino para ver la fidelidad con que, en medio de mi flaqueza, procuraba servirle»¹⁵⁴.

Segundo momento, en el Colegio Mayor Ximénez de Cisneros. Noviembre de 1944.

Apoyándose en las palabras de la presentación que de don Ángel hizo el Rector de la Universidad Complutense, dijo aquel que «de los amores que yo entonces (durante mi vida de seglar) defendí con toda mi alma y

¹⁵² *Ibíd.*, p. 474.

¹⁵³ *Ibíd.*, p. 480.

¹⁵⁴ *Ibíd.*, p. 481.

con toda la constancia necesaria, uno de ellos fue el de la resurrección de la Universidad española».

«Aquel grupo selecto de jóvenes, con los cuales Dios Nuestro Señor me concedió el poder trabajar durante tantos años, fueron sin duda alguna los que más contribuyeron a formar en España una nueva conciencia. Y me parece que es de justicia, de esta justicia providencial, el que de aquel grupo de jóvenes se destacaran algunos para ocupar los cargos más altos del Estado y llevar sabiamente, decididamente, generosamente a la práctica aquellas ideas que tanto tiempo alentamos todos nosotros.

Un segundo y gran ideal defendimos también todos durante aquellos años: el ideal de las reformas sociales. Y al recordarlo, podéis creerme que yo me felicito extraordinariamente, cual si fuera un premio recibido de Dios Nuestro Señor, de poder hablaros esta noche con las vestiduras de sacerdote, porque ciertamente que al defender nosotros la justicia social, no hacemos otra cosa que una propaganda evangélica, profundamente evangélica; una propaganda evangélica, de la cual el heraldo primero era el representante y Vicario de Nuestro Señor Jesucristo; al cual por desgracia no siempre la Iglesia de fines del siglo XIX y del siglo XX ha prestado el concurso y la colaboración que era lógico y era necesaria»¹⁵⁵.

Tercer momento, en 1965. Sitio: la santa Iglesia Catedral de Málaga.

Había recibido don Ángel la carta de Pablo VI, en la que le comunicaba la incorporación del Obispo de Málaga al colegio cardenalicio. El 31 de enero de 1965 tuvo don Ángel la homilía en la misa de una de la Catedral. El texto está recogido en el volumen I de sus *Obras Completas*. Pero don Ángel suprimió en el texto del Boletín del Obispado la parte última de la homilía. Y son esos párrafos los que he encontrado providencialmente. Son netamente autobiográficos. Hélos aquí.

Tras agradecer el nombramiento y pensar en su diócesis, añade don Ángel:

¹⁵⁵ Texto en *Ecclesia*, n. 174, 11 de noviembre de 1944, p. 5.

«Después, se puede decir, claro, que pensé en mí mismo. Entonces pensé también en mi pobre barquilla. Y es claro que la recordaba con alegría, desde los primeros años, como un impulso venido claramente del cielo, cultivado en un hogar, en que ciertamente había virtudes extraordinarias y una soberana prudencia, una rara y peregrina unión, que todos admiraban, entre la más exquisita dulzura y la más consumada y suave energía, por otra parte, del ejemplo de propios hermanos, que habían tomado el camino del servicio de Dios. Claro es que la vocación nativa se cultivó perfectamente. Y bien, desde el primer momento pensé consagrarme a Dios. Creyeron mis hermanos que iba a seguirles. Muchas veces les dije, no, no tengo vuestra vocación, pero la tengo en el mundo, y ciertamente que fui a seguirla en el mundo. Mas yo creí que mi camino iba a ser, en primer lugar, la Universidad. Después de haber pasado brevemente por el Cuerpo de Abogados del Estado, de los cuales conservo siempre el afecto íntimo que existe en esta familia, me preparaba para entrar en la Universidad en la cátedra de derecho político. Y he aquí que de la noche a la mañana yo me encontré en la prensa director de un periódico de Madrid a los 24 años. ¿Quién me impulsó a entrar? Un acto de obediencia. La Santa Sede, el representante de la Santa Sede, el Nuncio de Su Santidad, Monseñor Vico, entonces en España. “Son tiempos difíciles. Es preciso que Vd. acepte la dirección de *El Debate*”. No dudé y jamás dudé de la empresa, que a los ojos humanos era totalmente temeraria. Dios nuestro Señor me asistiría. Y ciertamente la empresa ha salido y sale adelante en forma superior a lo que muchos pensaban, tal vez no superior a lo que esperaba yo mismo de Dios benevolente y misericordioso»¹⁵⁶.

¹⁵⁶ El texto mecanografiado de esta homilía, publicada en el volumen I de las *Obras Completas*, p. 721, se halla, con los pasajes reproducidos aquí de la peroración autobiográfica, en el Archivo del Cardenal Herrera Oria, Sección de Homilías.

Capítulo 33

SENSIBLE, NO SENSIBLERO

Se ha acusado en ocasiones a Ángel Herrera de insensible. No lo era. Era sensible, pero no sensiblero. Algunos datos lo demuestran, situados en contextos diferentes, pero convergentes sobre la misma conclusión.

Una vez más habla Luis Ortiz:

«Acabo de sufrir una dura operación de laringotomía, que me ha dejado sin habla. Por mi habitación del sanatorio me veo entrar al señor Obispo (don Ángel). Se acerca a mi lecho, conmovido, me besa en la frente y me dice: “¡Cómo te quiere el Señor! Te ha quitado la palabra, pero te ha dejado la pluma. Con ella puedes darle todavía mucha gloria”»¹⁵⁷.

Otro testimonio. De Nicolás González Ruiz. Muestra adicional de sensibilidad social y de cristiana prueba de buen gobierno:

«En cierta ocasión, un redactor consejero (no atestigo con muertos, pero no voy a decir ahora quién es) se colocó en situación tirante con el Director (del periódico) por un motivo fútil. Pero la situación se iba agriando al mantenerse por ambas partes una actitud, en la que desde luego el principio de autoridad no debía ceder y la cuerda amenazaba romperse por lo más delgado. Y en esto Herrera le dijo una tarde al redactor: “Esto se ha terminado. Aquí no ha ocurrido nada absolutamente. Y eso lo hago, porque tengo el deber de defender el pan de tu mujer y de tus hijos contra ti”»¹⁵⁸.

Sensible con las personas y sensible en la empresa, en concreto de EDICA. «Los hombres que trabajan en la empresa –decía machaconamente– no son máquinas, ni prolongación de las máquinas, sino hombres».

¹⁵⁷ C, p. 158.

¹⁵⁸ *Ibíd.*, p. 138.

«La Editorial –insistía– no es una pura asociación. Es una auténtica comunidad unida por el triple vínculo de la hermandad en Jesucristo, la solidaridad en la empresa y la participación en una gran obra social al servicio de todos los hombres». Y añade Mariano Rioja, otro gran hombre de la fenecida EDICA: «¡Cuántas veces nos encareció que atendiéramos con generosidad en su vejez a quienes habían sido durante tantos años sus leales colaboradores, exponiendo en muchos casos la propia vida!»¹⁵⁹.

¹⁵⁹ *Ibíd.*, pp. 430 y 432.

Capítulo 34

LEAL Y AGRADECIDO

Martín González del Valle y Fernández de Miranda, Marqués de la Vega de Anzo, fue amigo íntimo de Ángel Herrera desde los comienzos de *El Debate*, segunda década del siglo XX, hasta su fallecimiento el 13 de enero de 1951.

Su hijo, Martín González del Valle y Herrero, ha tenido el acierto de publicar, en edición no venal, los recuerdos que fielmente guarda de su padre en un emotivo libro titulado *Vivencias y semblanzas*. En la serie de estas últimas –retratos– ha incluido una dedicada a Ángel Herrera, «una de las figuras más importantes entre los amigos de mi padre».

Téngase en cuenta, como prueba de la vieja amistad entre el Marqués y don Ángel, que fue aquel, quien gestionó personalmente del Generalísimo Francisco Franco, en plena Guerra Civil, el salvoconducto firmado por Franco a favor de don Ángel, para todo el territorio nacional¹⁶⁰.

Enfermó gravemente en julio de 1950 el Marqués de la Vega de Anzo. Don Ángel le escribió una carta, que la familia conserva.

Trascribo el testimonio del Barón de Grado, recordando la conducta de don Ángel. Era dicha carta «una carta entrañable, en la que el cardenal de la Iglesia le escribe a su amigo Martín, que sabe que va a morir. El día 13 de enero de 1951 falleció mi padre. Esa misma tarde se recibió una llamada en casa de mi madre: “Don Ángel se encuentra en Madrid y se ha enterado por la radio del fallecimiento de don Martín. Quiere rezarle una misa, pero tiene que ser a primera hora, a las 7 de la mañana y pide que no se moleste a la familia”. ¡Cómo voy a olvidar esa misa en la madrugada del 14 de enero, todavía de noche, sus palabras sentidas y emotivas dirigidas a Martín, su hermano difunto!»¹⁶¹.

¹⁶⁰ Cf. CARD. ÁNGEL HERRERA ORIA, *OC*, vol. II, pp. 509-511.

¹⁶¹ MARTÍN GONZÁLEZ DEL VALLE, *Vivencias y semblanzas*, p. 106, La Adrada (Ávila).

Capítulo 35

CONFIANZA EN DIOS

Lo refiere en un breve inciso el propio don Ángel. Se trataba de los primeros momentos de la fundación del Instituto Social Obrero. Año 1933. Hacía falta dinero para ponerlo en marcha. Don Ángel contaba con el hombre capacitado Tomás Cerro. Quedaba lo económico. El relato es autobiográfico.

«Estábamos haciendo todos estos planes. Le decía a Cerro: “Dime qué es lo que necesitas y yo te lo proporcionaré”. Cerro me contestaba: “Yo necesito dinero para la campaña sindical”. “No lo tengo, pero lo habrá”, le contesté. “Lo que importa es que se inicie cuanto antes el apostolado”. No había pasado media hora, y me dicen que me quiere visitar una persona, completamente ajena a estas cosas, que me va a dar una grata noticia. Dicha persona me comunica de parte de un amigo suyo: “Le dice usted a Herrera que cuente conmigo; déle este cheque para la propaganda sindical, y que no será el último”»¹⁶².

En ese año, 1933, el 29 de octubre, en la solemne vigilia celebrada en la Casa de san Pablo en honor de Cristo Rey, declaró Herrera en la misma línea del texto anterior: «Lo que falta no es el dinero, sino hombres... Yo siempre he dicho que para las obras no había que preocuparse del dinero, sino de tener hombres bien dotados para llevarlas a cabo»¹⁶³.

Y lo repitió un año después a propósito de la Confederación Nacional de los Estudiantes Católicos:

«La masa está bien preparada. Lo que falta son elementos directores: hombres, en una palabra. Ya sé que algunos dicen “hombres y dinero”; yo digo solamente “hombres”; que si ellos merecen tal nombre, ya sabrán encontrar todo lo que haga falta, porque dinero hay mucho en España y está en manos generosas»¹⁶⁴.

¹⁶² *Boletín ACdP*, n. 162, 1 de enero de 1934, p. 2.

¹⁶³ *Ibid.*, n. 158, 1 de noviembre de 1933, pp. 1-2.

¹⁶⁴ *El Debate*: 10 de septiembre de 1921. Cf. D 30 de enero de 1934.

En Granada, mayo de 1935, habló Herrera a la Confederación Católica de Padres de Familia y abrió levemente una ventana de su vida interior, que nos permite contemplar el secreto de la fecundidad apostólica. Una confesión de su confianza total en Dios.

«Yo he visto emprender obras que a los ojos humanos parecían locura. Cuando vaciléis en una empresa por juzgarla superior a vuestras fuerzas, consultad vuestra conciencia, y si ella os dice que la obra es de Dios y que la intención es pura, no dudéis en acometerla, porque por encima de la prudencia humana está la corazonada instintiva, el don de la gracia. En nuestros días las mentes han de ser frías, pero los corazones cálidos y decididos. Cuando nos agobia el peso de las matemáticas y por toda la nación se extiende una ola de sensatez y de buen sentido, hacen falta también espíritus audaces, emprendedores, tenaces, que no desmayen. Los Apóstoles trabajaron toda la noche y no consiguieron un solo pez. Señores: arrojemos nuestra red una vez más y tengamos confianza en Dios»¹⁶⁵.

¹⁶⁵ OC, vol. VI, p. 88.

Capítulo 36

DE BOLOS, TOROS Y FÚTBOL

Ángel Herrera, hombre de Dios, practicaba y aconsejaba, incluso urgía, la necesidad del esparcimiento del espíritu, del ejercicio del deporte asequible, y del paseo. Como intervalo de sosiego y descanso en las duras tareas del apostolado y de la profesión. Conocía los dos sabios hexámetros del copista medieval.

*«Interpone tuis interdum gaudia curis.
Quod caret alterna requie durabile non est».*

«Pon intervalos de descanso gozoso en tus ocupaciones, porque no puede durar lo que carece de intermedios de descanso».

Luis Ortiz acompañaba a Herrera en Santander en uno de los cursos de verano que la Acción Católica y la ACdP organizaban en la capital de La Montaña, en el gran Seminario de Monte Corbán. Y le vio jugar a los bolos.

«Yo he visto a Ángel Herrera en mangas de camisa, jugando a los bolos en Santander. Fue en la época veraniega, y me invitó un día a almorzar en su casa. Después entabló una partida de bolos, juego muy típico en la Montaña. Por cierto, que se le daba muy bien. Lanzaba con fuerza las bolas desde lejos y hacía impacto con buena puntería»¹⁶⁶.

Y de la bolera montañesa a los toros. No era aficionado a la fiesta nacional.

«Pero en las últimas ferias de san Isidro (en Madrid), siempre preguntaba qué tal lo había hecho Antonio Ordóñez. Le preguntaron la causa de su interés y contestó: “No os extrañe. Es un caballero. Jamás se me ha negado a torear en un festival benéfico”»¹⁶⁷.

¹⁶⁶ C, p. 157.

¹⁶⁷ Véase *Escuela Rural*, n. 47, noviembre de 1968, p. 5.

Y queda el balompié. También tiene su anécdota significativa. «Nunca fue aficionado al fútbol, pero sabía que sus colaboradores lo eran. En el Palacio episcopal de Málaga se hacía una quiniela, y él, que lo sabía, era el primero en acordarse de la quiniela. Cada semana se rellenaba un boleto y se apostaban dos pesetas por el resultado acertado. Lo curioso es que sin entender de fútbol solía ganar la apuesta. Santanderino de nacimiento y Obispo de Málaga, un día que jugaban en Málaga el Santander y el Málaga, recibió a los equipos. No sabía a quién desear el triunfo. Entonces, después de recordarles cariñosamente que era santanderino, pero que era Obispo de Málaga, les dijo sonriente: “Perdonadme, pero no tengo más remedio que desearos un empate”»¹⁶⁸.

¹⁶⁸ *Ibíd.*

Capítulo 37

LA PUREZA DE INTENCIÓN

Paso, tras este descansado y vario interludio, a un tema importante, a una realidad del espíritu de no fácil acceso. La intención permanece en estricta clausura dentro del interior de la persona. Sólo podemos entreverla a través de las palabras y sobre todo del comportamiento de un sujeto. Ambos elementos necesitan interpretación cuidadosa. El juicio sobre las intenciones permanece reservado a sólo Dios¹⁶⁹. Pero en materia de comprobación de virtudes y de las intenciones que las sustentan, algo sirven para intuir las y como adivinarlas tanto el *odoratus fidei*, don de Dios, como el que, consiguientemente, podría llamarse *odoratus virtutum*.

Lo advirtió el Señor. Por un lado «no juzguéis y no seréis juzgados» (Lc 6, 37). Por otro, y con reiteración, «por sus frutos los conoceréis» (Mt 7, 16.20).

Pues bien, opino que en Ángel Herrera tanto sus palabras, reiteradas, como su comportamiento, constante, muestran, con la evidencia posible, que actuó siempre con la pureza de intención propia de las personas espiritualmente sobremanera capacitadas. En este caso con el añadido de tratarse de un hombre de vida activa compleja, criticada y movida.

Formado en la escuela de los Ejercicios no olvidaba la advertencia de san Ignacio sobre que «en cuanto es de nuestra parte, el ojo de nuestra intención debe ser simple»¹⁷⁰. Formado también en la escuela de san Agustín, secundaba la palabra que el inmenso Obispo de Hipona ponía en labios del Señor: «Me buscáis a Mí por otra cosa; buscadme por Mí»¹⁷¹.

Recordando las primeras expediciones como propagandista en marzo y diciembre de 1909, Herrera declaraba:

¹⁶⁹ Véase la espléndida explicación que da sobre este punto SAN LORENZO JUSTINIANO, en el capítulo tercero de su obra *Tratado sobre la vida solitaria*, pp. 139-142, Valencia 2006.

¹⁷⁰ *Ejercicios espirituales* [169].

¹⁷¹ SAN AGUSTÍN, *Tratados sobre el Evangelio de san Juan*, tratado XXV, 10: apud *Obras completas*, vol. XIII, p. 571, BAC 139, Madrid 2005.

«Nuestra voluntad ha sido siempre, y sigue siendo, la de servir a Dios, y se ha mostrado claramente el deseo de Dios de servirse de la Asociación... Hemos cometido ligerezas, imprudencias, locuras; pero la intención del servicio de Dios no nos ha abandonado... En nuestros espíritus no ha faltado nunca “la intención recta”. Prueba patente de esa “intención recta” ha sido el espíritu de “obediencia” que nos ha caracterizado»¹⁷².

Al recordar en 1951 el proceso de fundación de *El Debate*, extraía Herrera «una moraleja» sumamente indicativa de la pureza de intención:

«¡Cuán fecunda es la santa audacia en las obras de Dios! Mas con una condición: que busquemos ciertamente “la gloria de Dios y no la vanidad de nuestro amor propio”. Y no hay mayor seguridad de que buscamos a Dios y de que no nos buscamos a nosotros, que el practicar de mente y de corazón, en contra de nuestro criterio, en las cosas arduas, la sana virtud de la “obediencia”»¹⁷³.

En el epígrafe anterior también aparece la limpieza de intención como norma reguladora de la audacia en las obras de Dios: «Si la obra es de Dios y “la intención es pura”, no dudéis en acometerla»¹⁷⁴.

Y en orden a la acción social, Herrera repite la advertencia:

«La *consecratio mundi*, o sea, el trabajo continuo, empleando la técnica más perfecta, realizado en la presencia de Dios, “con la intención más pura”, es un capítulo de la ascética moderna, aplicable a los cristianos en todos los estados»¹⁷⁵.

Esto decía y enseñaba. Y es lo que vivió Ángel Herrera, de seglar, de sacerdote, de obispo, no vivió en la relativamente serena clausura de un monasterio, ni siquiera en el ámbito de un clérigo externamente circunscrito por el recinto limitado de su diario ministerio parroquial. «La pobre

¹⁷² OC, vol. VII, pp. 520-521.

¹⁷³ OC, vol. II, p. 395.

¹⁷⁴ OC, vol. VI, p. 88.

¹⁷⁵ OC, vol. VI, p. 437.

barca de mi alma ha navegado en servicio de su Divina Majestad por mares alterados desde la primera juventud»¹⁷⁶.

No dudo en atribuir en grado elevado la virtud de la pureza de intención a la figura ejemplar de don Ángel. Por eso, la he incluido en este intento de retrato interior de Ángel Herrera.

¹⁷⁶ OC, vol. I, p. 722.

Capítulo 37

AL DEJAR LA DIRECCIÓN DE *EL DEBATE*

No es conocido el episodio. Pero está documentado y autorizadamente documentado¹⁷⁷.

Año 1932. Los Metropolitanos españoles deciden reorganizar la Acción Católica, dada la situación en que se hallaba la Iglesia, hostilizada por el Gobierno de la República, y la necesidad de potenciar la acción del laicado católico, de acuerdo con los deseos de Pío XI.

La cuestión requería encontrar la persona adecuada para dirigir la reorganización y contar con el equipo de católicos seculares que ayudaran al presidente de la Junta Central.

El 1 de octubre de este año el Nuncio Tedeschini informa al Cardenal Pacelli, Secretario de Estado.

Declara, lo primero de todo, que las gestiones realizadas en los meses anteriores para encontrar la persona apropiada han resultado negativas. Y añade que, a primeros de septiembre ha encontrado al hombre perfectamente preparado para dirigir la nueva Acción Católica. Es don Ángel Herrera, Director del diario católico *El Debate* y Presidente de la Asociación Católica de Propagandistas. El Obispo de Oviedo¹⁷⁸, Consiliario nacional de la Acción Católica, es del mismo parecer.

Pero el hallazgo tropieza con una seria dificultad. La explica el Nuncio.

«Hacía ya tiempo que el señor don Ángel Herrera (...) me había confiado que se sentía llamado por Dios a trabajar más explícitamente e incluso exclusivamente en la Acción Católica; no sólo, pero que se sentía llamado a renunciar al mundo; del que, por cierto, vive enteramente ajeno, y abrazar el estado sacerdotal. Ha consultado estos problemas de su conciencia con su confesor, y más detenidamente con su Director espiritual, que es el Padre Morán, de la Compañía de Jesús, Director del Terceronado de Salamanca, persona de gran vida interior,

¹⁷⁷ La documentación utilizada se halla en ASV SS 249 (1931-1936) 956, fol. 339-392.

¹⁷⁸ Era Obispo de Oviedo desde 1922 don Juan B. Luis Pérez.

al que conozco y aprecio sobremanera; y de vez en cuando ha venido a consultar conmigo¹⁷⁹. La aprobación de todos, en línea de principio, ha sido unánime y completa; y sólo ha hallado una rémora en las circunstancias, ya que no parece prudente que el señor Herrera abandone ahora la dirección de *El Debate*».

Parece, sin embargo, añade el Nuncio en esta carta al Cardenal Pacelli, que puede lograrse ya la sustitución y «don Ángel ha tomado la decisión de dejar la dirección y encaminarse a la vida sacerdotal».

Tedeschini considera que Herrera «constituye el Presidente ideal de la Junta Central de la Acción Católica, al menos mientras no sea efectivamente sacerdote».

A esta carta del 1 de octubre respondió Pizzardo, por encargo del Cardenal Pacelli, el 11 siguiente. Pío XI «ha sabido los propósitos del señor don Ángel Herrera de dejar el periodismo para hacerse sacerdote». Y conoce también el Papa la propuesta del Nuncio de confiar a Herrera la presidencia de la Junta Central. Pero no parece conveniente que dicha presidencia sea ocupada por un eclesiástico, dado el carácter laical de la misma. Que el Nuncio hable con los obispos españoles, para ver si el nombre propuesto es del agrado de estos y vea además lo que piensa el señor Herrera.

Tedeschini contesta a Pizzardo el 8 de noviembre. Le comunica que los Metropolitanos españoles en su reunión del 3 al 6 de noviembre han nombrado a Herrera Presidente. Y en una nota manuscrita, del día 5, remitida a Roma, precisa que «la Conferencia de Metropolitanos opina que la persona más idónea por sus cualidades y preparación para el cargo de Presidente de la Junta Central de la Acción Católica en España es don Ángel Herrera». Por su parte, los sufragáneos de la Provincia eclesiástica de Toledo, en su reunión del 22 y 23 de octubre habían aprobado previamente la propuesta con absoluta unanimidad.

Tedeschini habló con Herrera. Y este, como en otras ocasiones, como en el otoño de 1911 ante la indicación de Mons. Vico, sopesó también ahora el deseo de la Jerarquía. El Nuncio refiere que ha hablado con don Ángel y que este, a la vista de la situación general y de los consejos que recibe, no piensa precipitar las cosas, que su pensamiento es recibir las

¹⁷⁹ Isacio María Morán (1879-1958), de quien hace un prieto y completo retrato el P. Manuel Revuelta, en el *Diccionario histórico de la Compañía de Jesús*, citado anteriormente, vol. III, p. 2738.

órdenes sagradas dentro de cuatro o cinco años; y que por lo que se refiere a la sucesión en el periódico está asegurada, sin peligros ni problemas. Tiene sucesor capacitado, experto y fiel en todo a la Iglesia.

Pero queda un punto. Se le pregunta al Nuncio cómo tomará el Gobierno la designación de Herrera y si se prevé buena aceptación de la extrema derecha eclesial. Responde Tedeschini que el Gobierno republicano no verá con buenos ojos el nombramiento, pero tal previsible desagrado más que por la persona, se deberá a su actitud hostil ante la Iglesia. Por lo que respecta a la posición que puedan adoptar los integristas residuales, serán inoperantes.

Ante tal desarrollo y tales previsiones, el Cardenal Pizzardo comunicó al Nuncio el 24 de noviembre que Pío XI aprobaba el nombramiento hecho por la Junta de Metropolitanos.

Pasamos a 1933. El 2 de febrero, Tedeschini comunica oficialmente a Herrera la aprobación del Papa. El 4 contesta don Ángel al Nuncio que se despedirá del personal de *El Debate* el día 8; y el 9 se publicaba a toda plana y en la primera página del diario el cese de Herrera, quien había regido el periódico durante veintidós años. El 13 enviaba Tedeschini al cardenal Pacelli el discurso de despedida de Ángel Herrera.

Así concluía, a comienzos de 1933, el episodio del cese de Ángel Herrera en *El Debate* y su paso a la dirección de la Acción Católica. Pero quedaba una última escena, la de 1935.

1935. Han pasado dos años. Estamos en la primavera de 1935. Dos años cargados de iniciativas sumamente positivas en el nuevo despliegue de la Acción Católica, que adquiere un ejemplar dinamismo pastoral en la labor de promoción del laicado, tanto en energías interiores, primarias e indispensables, como en proyecciones exteriores de presencia y apostolado y cultura. Y todo en los ámbitos local, nacional, y profesional.

No puedo precisar la fecha exacta. Probablemente en mayo, Herrera ha escrito a Roma, exponiendo que desea dejar la dirección de la Junta Central, para entrar en un seminario y prepararse para el sacerdocio. Reaparece el tema de 1932.

El 7 de junio, Pizzardo informa a Tedeschini y le pide informaciones sobre la petición o propósito, que Herrera ha manifestado a Roma, de dejar la Acción Católica para hacerse sacerdote.

Tedeschini responde de inmediato que, dado el excelente desarrollo que el Presidente de la Junta Central ha dado a la Acción Católica, sobre todo en las ramas juveniles, no debe concederse el paso de Herrera al sacerdocio.

Curiosamente y significativamente, a los efectos de fijar las fases del proceso, el Cardenal Vidal y Barraquer, Presidente de la Junta de Metropolitanos, había dirigido al Nuncio el 4 de junio una larga carta, confidencial, sobre el asunto.

En dicha carta se oponía a la petición de don Ángel, posición negativa compartida por el Cardenal Arzobispo de Sevilla¹⁸⁰. Vidal y Barraquer precisa que el 2 de junio el Obispo de Tortosa¹⁸¹ le había comunicado que Herrera «insistía en prepararse para la vida sacerdotal».

Reproduzco la parte central de la carta del Arzobispo tarraconense, en la que razona con significativa amplitud «la conveniencia de demorar» la decisión del Presidente.

«El incremento que la Acción Católica ha tomado en gran parte, humanamente hablando, es debido a don Ángel. Difícilmente se encontrará quien pueda sustituirle que reúna las condiciones, de que Dios le ha adornado: competencia, conocimiento de personas, prestigio, celo, piedad, actividad, proselitismo, prudencia. Todo esto no se improvisa; se adquiere con el tiempo y la actuación. Yo no quisiera ser obstáculo a la realización de su vocación, pero, a veces, según los ascetas, Dios inspira deseos de estado de mayor perfección a personas, que deben continuar en el que se hallan, a fin de que, siendo más perfectas dentro del mismo, realicen las obras de apostolado que les han sido confiadas. Herrera con todas sus cualidades puede *hic et nunc* hacer mucho más bien a la Iglesia y a la Acción Católica, que dejando de actuar y recibiendo luego órdenes sagrados. Se necesitan hoy varios seglares de gran prestigio entregados completamente a la Iglesia, dóciles a sus disposiciones, que sepan prescindir de todo partidismo político, para el desarrollo de la Acción Católica y don Ángel sirve para formarlos».

No para aquí el razonamiento del Cardenal Vidal y Barraquer. Añade dos observaciones, que interesa recoger textualmente por su valor histórico.

¹⁸⁰ Estaba al frente del arzobispado hispalense el Cardenal Eustaquio Illundáin y Esteban.

¹⁸¹ Don Félix Bilbao Ugarriza.

Primera observación:

«No ignora V. E. la poca simpatía con que miran a la Acción Católica algunos de los dirigentes de los partidos políticos de extrema derecha, aunque no quieran confesarlo. No es de extrañar, pues la Acción Católica, al reunir y formar a los jóvenes para el apostolado, les sustrae de momento a la actividad política, lo que contraría a dichos dirigentes, que en perjuicio de la juventud y aun de la solidez de los buenos partidos pretenden enrolarles en sus filas, sin tener en cuenta que están en período de formación, siendo gran obstáculo para la misma pasión política que prende fácilmente en el elemento juvenil».

Segunda observación:

«Habría notado V. E. que los partidos políticos consciente o inconscientemente desean una Acción Católica lánguida con directores o presidentes de poco relieve y prestigio, y cuando los hay que la fomentan y la encaminan por las vías señaladas por la Jerarquía y le dan desarrollo y crecimiento, vienen las oposiciones, las insidias, los retraimientos, los vacíos. Digo esto, pues me advertía muy oportunamente el Sr. Obispo de Tortosa que don Honorio Maura había significado que no cesarían hasta lograr que saltase de la Acción Católica, a las buenas o a las malas, don Ángel Herrera».

Tras esta amplia exposición de motivos, el Cardenal Vidal, hombre experto, conocedor de la vida, y pastor celoso, da a conocer a Tedeschini una noticia y le hace una sugerencia.

Noticia: «Don Ángel está en Viena y luego irá a Roma, donde seguramente consultará su caso». Sugerencia: «Si V. E. abunda en la opinión indicada, tal vez sería oportuno poner en antecedentes al Emmo. Sr. Cardenal Secretario de Estado para que aconsejara a don Ángel lo más conveniente *coram Domino*».

En efecto, don Ángel viajó de Viena a Roma. Pío XI le recibió y le escuchó. Y decidió: cuando Dios llama con claridad, hay que seguirle dejando lo que sea. Herrera volvió a Madrid. Informaría al Nuncio y al Cardenal Vidal y Barraquer, como Presidente de los Metropolitanos. Cesó en septiembre también en la presidencia de la Asociación Católica de

Propagandistas. Y en mayo de 1936 partía para Friburgo, de Suiza, a fin de comenzar los estudios eclesiásticos.

En sus incompletas *Memorias*, 1963, lo recordaría: «Aunque desde mi primera juventud tuve vocación sacerdotal, el servicio a mi patria me impidió seguirla hasta bien cumplidos los cincuenta años»¹⁸². Y, antes, en 1961: «Siempre pensé en hacerme sacerdote cuando el Señor me dejara libre de las actividades de tipo seglar en que por su voluntad me vi metido»¹⁸³.

¹⁸² OC, vol. II, p. 478.

¹⁸³ *Ibíd.*, p. 451.

Conclusión

Debo recoger en el tramo final, por ahora, de este intento apenas esbozado de biografía interior, el testimonio concordante de algunas personas, todas ellas autorizadas, que conocieron bien a don Ángel, de muchas de las cuales tuve la fortuna, o mejor, providencia, de conocerlas y de tratarlas a lo largo de varios años.

«Herrera ejerció también sobre mí –confiesa José María Gil Robles– su fuerte poder de atracción... Debo mucho a su influencia... Reconozco y me enorgullezco de esa influencia». «Su talento, su nivel moral, la rectitud de sus intenciones y su mayor experiencia en la propaganda y en el periodismo» marcaron «mi ánimo con huella indeleble»¹⁸⁴.

José Larraz ha escrito de Ángel Herrera: «Era una gran inteligencia; un hombre, no ya austero, sino ascético y místico; una moral integérrima, gran maestro, y un temperamento de mando, al mismo tiempo suave y enérgico, formidable. Herrera fue uno de los españoles de mayor categoría de su tiempo». «Gran catador de hombres..., tenía una gran potencia de captación»¹⁸⁵.

«¡Ángel Herrera! Un hombre al que quise muy entrañablemente, por encima de cualquier disenso de detalle, y en todos los instantes de nuestra larga relación», declara Joaquín Ruiz-Giménez Cortés¹⁸⁶.

El P. Manuel Marina, propagandista primero, luego redactor y editorialista de *El Debate* y por último miembro preclaro de la Compañía de Jesús, consigna que «entre los mayores beneficios que de Dios he recibido, cuenta el haber sido amigo y colaborador de Ángel Herrera»¹⁸⁷.

«El momento más decisivo de mi vida –reconoce Ernesto La Orden Miracle– ocurrió en la primavera de 1932... Don Ángel Herrera Oria me ofrecía un puesto de redactor en su periódico... Me recibió en su despacho

¹⁸⁴ C, p. 131.

¹⁸⁵ JOSÉ LARRAZ, *Memorias*, pp. 71. 45. 53, Madrid 2006.

¹⁸⁶ C, p. 446.

¹⁸⁷ *Ibíd.*, p. 363.

de *El Debate*... bajo un cuadro del Sagrado Corazón, en cuyos bordes se veían encajados los retratos autógrafos del Papa Pío XI y de varios prohombres europeos»¹⁸⁸.

«De mí puedo decir –afirma Francisco Javier Martín Abril– que aprendí mucho, muchísimo de aquel gran pastor del periodismo... Evoco la figura de don Ángel como un árbol lleno de frutos y repartiendo frutos: los saberes de un hombre que era santo –dejadme que lo diga, porque así lo creo–, un santo que dejó profundas huellas, las huellas indelebles de un maestro, que siempre tuvo puesta su mirada en el Maestro»¹⁸⁹.

La huella que Ángel Herrera dejó también en Alfonso Osorio García, según expreso testimonio de este, «ha sido absolutamente positiva»¹⁹⁰.

Nicolás González Ruiz, grande y viejo amigo y maestro de quien esto escribe, y constante colaborador de don Ángel, recuerda que «la huella que ha dejado en todos los hombres que han trabajado con él, depende en mucho de la categoría de estos hombres, muy pobres a veces; pero es imborrable». Y añade: «No recuerdo haber tropezado en mi vida con una persona que gozase del prestigio y autoridad moral del antiguo Director de *El Debate*»¹⁹¹.

Coincidente con el anterior es el juicio de Aquilino Morcillo, Director del diario *Ya* durante casi cinco lustros: «No quiero dejar de decir que en toda mi vida he conocido una persona no sólo de más talla, pero ni siquiera de tanta talla en todos los órdenes, como él»¹⁹².

«La realidad es que todos los que conocimos a aquel hombre singular, que fue Ángel Herrera, estábamos impulsados a venerarle». Es el testimonio de Antonio Ocaña Medina, secretario de don Ángel durante los últimos veinte años de vida de éste¹⁹³.

Los testimonios se acumulan en clara línea de significativa convergencia. *E pluribus unum*. Muchos son los que dicen lo mismo.

¹⁸⁸ Texto en las *Memorias* inéditas de Ernesto La Orden.

¹⁸⁹ *Ibíd.*, p. 375.

¹⁹⁰ *Ibíd.*, p. 418.

¹⁹¹ *Ibíd.*, p. 138.

¹⁹² *Ibíd.*, p. 400.

¹⁹³ *Ibíd.*, p. 406.

«La figura de Ángel Herrera parece de leyenda»¹⁹⁴. «Figura humana a lo divino»¹⁹⁵. «A medida que el tiempo pasa, se agiganta su figura... Su figura es y seguirá siendo para nosotros faro esplendoroso de nuestro camino y dechado para nuestra vida. A él lo debemos todo y bajo su sombra protectora queremos vivir lo que nos resta de existencia. Fervientemente deseamos que siempre perviva y resplandezca su ínclita memoria»¹⁹⁶.

«Creo que habría que crear otro sistema métrico decimal del que hoy conocemos, para medir la altura humana de aquel hombre»¹⁹⁷. «Era un laico. Pero tenía un prestigio, no mítico, sino el propio de un intelectual de raza», escribió Maximino Romero de Lema, refiriéndose a la época en que conoció a don Ángel durante la República, y durante su estancia en Friburgo en compañía de don Ángel.

«Don Ángel Herrera Oria murió como un santo, cual había vivido siempre, lo mismo de periodista que de Príncipe de la Iglesia Católica»¹⁹⁸.

A lo dicho por quienes le conocieron y estimaron, quiero añadir, como colofón adecuado de este breve intento de estudio biográfico, las palabras del propio don Ángel, cuando a su regreso de Roma, después de recibir de manos de Pablo VI las insignias cardenalcias, manifestó en público ante los fieles malagueños un resumen de su vida.

«El Papa, en la carta que ha tenido la bondad de dirigirme, me habla de los servicios prestados a la Iglesia.

Ciertamente, la conciencia me dice que al menos tal ha sido mi intención. La pobre barca de mi alma ha navegado en servicio de su Divina Majestad por mares alterados desde la primera juventud.

Siempre he gozado de plena confianza en la empresa. Siempre he tenido conciencia cierta de que llevaba conmigo a Jesucristo. Las graves determinaciones de mi vida fueron siempre hijas de la obediencia. Algunas contra los dictados de la propia razón. Lo he dicho muchas veces. Yo he visto el premio en toda la vida. Dios ha cumplido su palabra.

¹⁹⁴ Vicente Gállego, primer director del YA, fundador de la revista *Mundo*, y excelente catador del valor de las personas: *C*, p. 129.

¹⁹⁵ Alberto Martín Artajo, segundo Presidente de la Junta Central de la Acción Católica española: *ibíd.*, p. 142.

¹⁹⁶ Luis Ortiz Muñoz: *ibíd.*, pp. 153.158.

¹⁹⁷ Augusto García Viñolas: *ibíd.*, p. 277,

¹⁹⁸ JUAN IGNACIO LUCA DE TENA, *Mis amigos muertos*, p. 815, Barcelona, 1971.

He experimentado en mí mismo el *diligentibus Deum*. Para los que aman a Dios, todas las cosas se convierten para su bien.

En más de una ocasión y de modo manifiesto he comprobado aquello de que “la salud os vendrá de vuestros enemigos”. Por último, Dios me ha dado siempre magníficos colaboradores para trabajar en equipo y que han continuado, perpetuado y mejorado mis obras¹⁹⁹.

¹⁹⁹ OC, vol. I, pp. 722-723.

Índice Onomástico

- Agustín Rojo, 79
Alberto Martín Artajo, 31, 38, 39, 119
Alejandro Lerroux, 45, 46, 59
Alfonso XIII, 27, 28, 50
Alfonso Osorio García, 95, 118
Alfredo López, 72, 73, 75, 83
Andrés Arístegui, 70
Ángel Ayala, 17, 24, 47, 62
Ángel Berna, 65
Ángel Vegas, 42
Antonino Oraá, 70
Antonio Astrain, 70
Antonio Encinas, 70
Antonio Montero, 76, 88
Antonio Ocaña Medina, 42, 118
Antonio Ordóñez, 105
Antonio Vico, 29, 47, 98, 112
Asunción Herrera, 41
Asunción Soler, 13, 19
Aquilino Morcillo, 118
Armando Palacio Valdés, 74
Augusto García Viñolas, 88, 119
Benedicto XV, 27
Cardenal Eustaquio Ilundáin
y Esteban, 114
Cardenal Isidro Gomá, 91
Cardenal Federico Tedeschini, 111, 112,
113, 114, 115
Cardenal Guiuseppe Pizzardo, 112, 113
Cardenal Pacelli, 111, 112, 113
Cardenal Manuel González Cerejeira, 73
Cardenal Vicente Enrique Tarancón, 65
Cardenal Vidal y Barraquer, 114, 115
Conde de Romanones, 23
Daniel Simón Rey, 43, 81, 82
Diego Salgado, 39
Doctor García Herrera, 53
Doctor González Cerejeira, 73
Emilio Benavent, 10, 65, 69, 83
Ernesto La Orden Miracle, 66, 74, 75, 117
Federico Mayo, 66
Felipe Alonso Bárcena, 70
Felipe Sassone, 53
Félix Bilbao Ugarriza, 114
Fernando Guerrero, 43
Fernando Gutiérrez del Olmo, 70
Fernando Martín Sánchez, 11, 17, 23, 74
Florentino Ogara, 70
Francisca del Niño Jesús, 41, 43, 67, 81
Francisco de Paula Tarín, 13, 15
Francisco Echamendi, 61, 65, 88, 91
Francisco Franco, 101
Francisco Frutos Valiente, 74
Francisco Guijarro, 9
Francisco Herrera, 71
Francisco Javier Martín Abril, 118
Gerardo Requejo Valverde, 13, 47, 48
Germán Prado, 79
Gregorio Marañón, 49
Honorio Maura, 115
Ignacio Errandonea, 70
Isacio María Morán, 70, 112
Isidoro Martín, 37
Jacinto Benavente, 53
Jaime Balmes, 40
Joaquín Ruiz-Giménez Cortés, 117
José Antonio Balbontín, 44, 66
José Antonio Laburu, 70
José Antonio Primo de Rivera, 38
José de Medina y Togores, 74
José Henche Martínez, 71
José Ibáñez Martín, 33

José Larraz, 117
 José María de la Torre de Roda, 33, 92
 José María Eguaras Iriarte, 9, 21, 22, 55, 69, 84
 José María García Escudero, 9, 10, 28, 34, 38, 65, 92
 José María Gil Robles, 10, 28, 43, 57, 61, 117
 José María Guix, 91
 José María Lamamié de Clairac, 48
 José María Pemán, 10
 José María Sánchez de Muniáin, 29, 35, 44, 66, 67
 José María Valera, 47
 José María Valiente, 37
 José Mouriz y Riesgo, 49, 50, 51
 José Nemesio Güenechea, 70
 José Ortega Munilla, 27
 José Rodríguez Carracido, 50
 José Tocino, 42
 Juan Antonio Rando González, 53
 Juan B. Luis Pérez, 111
 Juan Herrera Fernández, 42
 Juan Ignacio Luca de Tena, 119
 Juan José Pradera, 87
 Juan Pablo II, 12, 20
 Juan Vázquez de Mella, 27
 Julián Cortés Cavanillas, 38
 Julián Gómez del Castillo, 88
 Justo Pérez de Urbel, 79
 León XIII, 57
 Leopoldo Eijo y Garay, 29
 Luciano Serrano, 79
 Luis Herrera Oria, 70, 81, 82
 Luis Izaga, 70
 Luis Ortiz Muñoz, 33, 34, 87, 99, 105, 119
 Manuel Aparici, 42
 Manuel Díez de los Ríos, 9, 66, 61
 Manuel García Viñolas, 88
 Manuel González y García, 7, 13, 19
 Manuel Marina, 25, 28, 44, 66, 69, 73, 84, 117
 Manuel Martínez Pereiro, 37
 Manuel M. Vergés, 70
 Mariano Ayala, 70
 Mariano Rioja, 100
 Martín González del Valle y Fernández de Miranda, 101
 Martín González del Valle y Herrero, 101
 Maximiliano Arbolea, 91, 92
 Maximino Romero de Lema, 9, 119
 Máximo Cuervo, 92
 Miguel de Cervantes, 40
 Natalio Rivas, 45, 46
 Nemesio Otaño, 70
 Nicolás Avancini, 39
 Nicolás de la Torre, 70
 Nicolás González Ruiz, 75, 99, 118
 Onésimo Redondo, 38
 Pablo VI, 20, 29, 91, 97, 119
 Padre Peyton, 35, 44
 Patricio Borobio, 39
 Paul Ehrlich, 50
 Pedro Legaria Armendáriz, 17
 Pedro Manjón, 47
 Pío XI, 29, 31, 82, 111, 112, 113, 115, 118
 Pío XII, 29
 Quintín Castañar, 70
 Rafael Alcocer, 79
 Rafael Arnáiz, 15
 Rafael González Moralejo, 21
 Rafael Salazar, 34
 Rafael Sánchez Mazas, 38
 Ramiro Ledesma Ramos, 38
 Ramón Buxarraís, 9
 Ramón Prieto Bances, 59
 Ramón Ruiz Amado, 70
 Ricardo Mir, 41, 42
 Rolf Adderhalden, 50
 Salvador González Anaya, 53
 San Agustín, 92, 93, 107
 San Ignacio de Loyola, 40, 65, 69, 70, 107
 San José María Rubio, 13, 14
 San Juan de la Cruz, 69
 San Pablo, 40

San Posidio, 92, 93
Santa Teresa de Jesús, 340, 66, 67
Santa Teresa del Niño Jesús, 67
Sebastián Ruiz, 79
Sisinio Nevares, 70
Tobías Huelves Alcázar, 14
Tomás Cerro Corrochano, 87, 103
Ulpiano López, 70
Vicente Cárcel Ortí, 95
Vicente Gállego Castro, 33, 61, 119

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE
ÁNGEL HERRERA ORIA. BIOGRAFÍA INTERIOR,
DE CEU EDICIONES, EL DÍA 3 DE JULIO 2021,
FESTIVIDAD DE SANTO TOMÁS, APÓSTOL,
EN LOS TALLERES DE FORLETTER S. A.

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

